

EUROPA ARCHIV

Bonn

A. 23, núm. 3, 1968

FEIGL, HUBERT: *Technischer Stand und Entwicklungsmöglichkeiten der Raketenabwehr* (Nivel técnico y posibilidades de desarrollo de la defensa antibalística), páginas 89-100.

En un principio es posible afirmar, hoy día, que cambiaría considerablemente la relación de fuerzas un eficiente sistema de defensa antibalística, hablando estratégicamente, claro está, lo cual, a su vez, influiría sobre la estructura de la actual situación político-internacional. Porque la política nuclear, ya de por sí muy complicada, supeeditada a diferentes sistemas de alianza, contaría con una nueva dimensión. Sólo que lo señalado no existe, todavía, aunque sí hay posibilidades de desarrollarlo.

Los norteamericanos y los soviéticos cuentan, cada uno por su parte, con sistemas de defensa antibalística. Interesa saber, desde el punto de vista europeo, si el sistema estadounidense pudiera servir, también, para la defensa del Viejo Continente. En los países de la Europa Occidental existe en este sentido una viva preocupación.

En términos generales, si un sistema de defensa antibalística ofrece a los grandes centros urbanos de América una efectiva protección, es de admitir que el mismo sería capaz de

proteger, también, las ciudades europeo-occidentales contra el M. R. B. M. (cohetes soviéticos de distancia media). Puesto que por su alcance no pueden los cohetes soviéticos desarrollar velocidades máximas, no habría problemas en defenderse contra su impacto destructivo. Probablemente bastaría desarrollar el actual sistema de defensa de que disponen ya los americanos para la protección del conjunto de su territorio, incluyendo una parte del Canadá. La cuestión se hace cada vez más aguda, incluso dentro de la N. A. T. O.

Año 23, núm. 4, 1968

STEHLIN, PAUL: *Partnerschaft zwischen Nordamerika und Europa* (Condición de «partner» entre Norteamérica y Europa), págs. 115-123.

La alianza atlántica engendra, por la naturaleza misma de las cosas, también una función política, dentro de la cual los Estados Unidos desempeñarían el papel de líder. No solamente por sus compromisos militares y económicos, sino también políticos. De ahí su interés en la unificación europea.

Sin embargo, todavía no tiene la política norteamericana una idea clara sobre lo que es o debería ser Europa. A partir de 1962, con el «Grand Design», de J. F. Kennedy, esa idea empezaba a tomar formas más concretas. A continuación, con la desaparición de Kennedy desaparece, también, su idea de Europa. Los objetivos dise-

ñados no podían cumplirse. Y otra vez, los americanos desconfían, hasta retirando sus tropas de Europa. Los europeos no saben agradecer los servicios prestados por Norteamérica.

A la hora presente, la condición de *partner* podría plasmarse dentro de la alianza atlántica. Ello, a través de las instituciones ya existentes. Los «soviets» proseguirán sus fines tradicionales, aunque renunciarán a la violencia y se limitarán a desarrollar sus juegos políticos y estratégicos dentro de los principios de la coexistencia pacífica. Es decir, la N. A. T. O. sigue siendo una necesidad, sólo que su eficacia depende de si será capaz de absorber nuevas realidades que emanan del progreso soviético en el campo de investigaciones nucleares...

Puesto que la N. A. T. O. no es tan sólo un producto de la guerra fría, sino que su creación respondió a condiciones objetivas de desarrollo de la vida internacional, es lógico que su organización y su función sirva como base para la creación de presupuestos necesarios en cuanto a una completa igualdad de cooperación entre los Estados Unidos y Europa. Se trata de encontrar una fórmula para el *consensus* político.

S. G.

### GERMAN FOREIGN POLICY

Berlín (oriental)

Vol. VI, núm. 6, 1967

HANS MARETZKI: *Anti-Communism in the Foreign Policy of American Imperialism* (Anticomunismo en la política exterior del imperialismo norteamericano), págs. 454-459.

Los Estados Unidos se han convertido en la primera potencia de la reacción mundial. En su política de anticomunismo se resume la actitud contrarrevolucionaria básica de la política exterior imperialista como un todo.

Con la guerra del Vietnam, la ideología de la cruzada anticomunista ha alcanzado un nuevo punto muy alto. El mundo está en consecuencia dividido entre el bien y el mal seguido de la pretensión de que los «ilustrados» están destinados a ser los misioneros de la parte no americana del mundo «en la cruzada de mayor alcance de este siglo» (según se dijo en «The New York Times», noviembre de 1965). Después de un viaje a Saigón, el congresista Buchanan hizo estas declaraciones: «He vuelto inspirado y estimulado... Nunca se ha dado semejante caso clásico del bien y el mal, la lucha contra la oscuridad, la libertad contra la tiranía... Ni jamás han producido los Estados Unidos un grupo de soldados tan buenos.»

Porque el interés de la clase imperialista no quiere aceptar la motivación objetiva de la política socialista y antiimperialista de los pueblos; se atrinchera en los atributos del Poder: explosivos nucleares, la fuerza de los ejércitos y el potencial económico. La definición del poder de los Estados Unidos como «un producto de su fuerza militar multiplicado por su fuerza económica multiplicado por su estructura moral y determinación» («Congressional Record», 1964, vol. 110, parte 14, p. 19092), como, por ejemplo, en las «directrices para la victoria en la guerra fría», tiene una cierta significación. Hace del anticomunismo un atributo integral de la política del Poder para dar a la lucha por las esferas de explotación las posiciones militares estratégicas y las dependencias políticas la necesaria justificación.

Su motivación por la política del poder aparte, el anticomunismo ofrece también un elemento integral para su definición del propósito. Está en la preocupación con la idea de que «todos los problemas de nuestro mundo complejo podrían ser resueltos fácilmente si sólo pudiésemos barrer el comunismo de la faz de la Tierra» («The Progressive», abril, 1963, p. 63.)

J. M.

## GERMAN FOREIGN POLICY

Berlín (Este)

Vol. VII, núm. 1, 1968

SIEGFRIED SCHWARTZ: *The Forces Behind the Splitting of Germany, Past and Present* (Las fuerzas de la división de Alemania, pasado y presente), págs. 25-33.

La inalterable adhesión de la política de Bonn a las posiciones anacronistas de la guerra fría han colocado a la República Federal de Alemania no sólo en contradicción abierta con los propios aliados en la O. T. A. N. Muchos Estados capitalistas de Europa y hasta los Estados Unidos, que usan el terror y la violencia contra los movimientos de liberación nacional, a causa de sus cambiadas relaciones de poder y la fuerza y solidaridad de los miembros del Pacto de Varsovia, aunque muy en contra de su voluntad, se han visto obligados a observar y tener en cuenta los principios de la coexistencia pacífica en Europa.

Un influyente grupo formado dentro de los círculos dominantes de los Estados Unidos contemplaba la alianza de los Estados Unidos con la Unión Soviética en los días de la guerra como una necesidad transitoria para el alcance de sus propios objetivos imperialistas—el senador Robert H. Taft había dado salida a su odio ciego al Estado soviético al decir: «Una victoria del comunismo sería mucho más peligrosa para los Estados Unidos que una victoria del fascismo»—tenía al frente a los representantes de los dirigentes de las altas finanzas y la política, como Dean G. Acheson, Averell W. Harriman, Robert C. Patterson, John W. McCloy, William H. Draper, James V. Forrestal, Robert A. Lovett, Arthur H. Vandenberg, John Foster Dulles, Thomas Dewey, Herbert C. Hoover, junto con militares como William Leahy, Walter Bedell Smith, George C. Marshall, Lucius D. Clay y Douglas Mac Arthur. Todos estos ca-

balleros habían, mucho antes del fin de la guerra, tomado en consideración un cambio en el curso seguido por el presidente Roosevelt, que, al fin, llevaron a cabo después de su muerte, en abril de 1945, bajo la presidencia de Harry S. Truman.

Su gran finalidad era la salvaguardia y consolidación de las posiciones de poder imperialistas de los Estados Unidos en varios continentes con miras a elevar a los Estados Unidos al *status* de la hegemonía decisiva y a la dirección de los destinos del mundo por el método de la «Pax Americana».

De manera creciente, la Alemania Occidental estaba destinada a ocupar una posición clave en la política global de los Estados Unidos, lo que figuró ya en un informe publicado por el ex presidente Herbert C. Hoover, en cumplimiento de la misión que le había confiado el presidente Truman.

Al pedir claramente apoyo para la economía de la Alemania Occidental, la integración de la Zona Francesa en Bizonia, el establecimiento de un Gobierno central de la Alemania Occidental y un acuerdo separado de paz, la razón básica era el papel específico especial de la Alemania Occidental en los esquemas de la estrategia global de los Estados Unidos, con las fronteras más vitales en Alemania y el Japón. «Si estas fronteras se pierden, toda la Europa y todo el Lejano Oriente se habrán perdido.»

HANS MARETZKI: *U. S. Global Strategy in Southeast Asia* (La estrategia global de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático), págs. 40-46.

Desde el fin de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos han asumido la dirección de la política imperialista. En mayo último (1967), Mr. Eugene W. Rostow, director general extraordinario del Departamento de Estado, declaró:

«Inglaterra y Francia no son ya capaces de dirigir un "concierto de potencias" como hicieron durante un siglo con anterioridad a 1914, para el

mantenimiento del equilibrio en la política mundial. Por necesidad, hemos heredado la dirección en esa busca de equilibrio. Dos guerras y más de veinte años de la crisis de la posguerra nos han convencido que "la indecisión ha de concluir aquí"... Somos demasiado ricos, demasiado poderosos y demasiado importantes en la vida del mundo para poder situarnos al margen con seguridad. Cualquier perturbación en el equilibrio general del poder nos afecta necesariamente.»

El Sudeste asiático es el objetivo de la doctrina imperialista asiática de los Estados Unidos. Desde comienzos del siglo, una política de «puerta abierta» ha sido ideada para el fomento de la expansión en Asia.

En julio de 1966 el presidente Johnson anunció: «Ante todo, los Estados Unidos han de estar decididos a hacer honor a nuestras obligaciones como una potencia del Pacífico.»

La actual doctrina asiática de los Estados Unidos considera el Sudeste Asiático, y esencialmente el Vietnam, como el objetivo del empuje principal de la agresión contrarrevolucionaria con un fondo neocolonialista.

Debe tenerse en cuenta que la estrategia global de los Estados Unidos consta de tres elementos. Primero, y ante todo, busca la aplicación del principio y norma anticomunista por medio de una política exterior destinada a entorpecer el desarrollo del mundo socialista y la intervención contra las revoluciones nacionaldemocráticas. En segundo lugar, la estrategia global busca la consolidación de la supremacía de los Estados Unidos en la parte no socialista del mundo y la extensión de los pactos de guerra y las alianzas imperialistas especiales. Tercero, aspira a conservar y extender la dependencia y explotación neocolonialista para la obtención de ganancias neocolonialistas especiales.

Para la expansión de los Estados Unidos más allá del Pacífico, el Sudeste de Asia y en particular Indochina, son de una importancia vital. Mr. Rusk llegó a decir: «Situado en la encrucijada entre dos océanos y dos conti-

nentes, es una región de gran importancia estratégica...»

Con su estrategia global, el imperialismo de los Estados Unidos trata de aparecer poderoso, cueste lo que cueste. Esto es, sin embargo, incompatible con el carácter real y con los resultados de esa estrategia. La agresividad no puede ocultar el hecho político general de que los Estados Unidos se batan en retirada. El hincapié puesto en los objetivos anticomunistas de su política, la preocupación por el prestigio militar, el horror neocolonialista al vacío, el reactivado intervencionismo..., y la debilidad política de la escalada militar revelan la estrategia global como característica específica de la crisis del imperialismo de los Estados Unidos.

J. M.

## WORLD AFFAIRS

Washington

Vol. 130, núm. 3, oct., nov. y dic. 1967

DONALD ARMSTRONG: *First Aid to Aggression* (Ayuda de urgencia a la agresión), págs. 152-154.

La violencia de un agresor es, en definitiva, el golpe de gracia que amenaza o que en realidad termina la vida de una nación decadente. Son muchos los caminos que llevan al desastre, pero no hay ninguno más seguro que el fin de la anterior voluntad de vivir en libertad de una nación con la consiguiente pérdida de su decisión de resistir la agresión. Los atenienses del siglo IV antes de Jesucristo y los otros Estados-ciudad griegos, a pesar de las advertencias de Demóstenes, sufrieron de este mal psicológico. Los cartagineses hicieron frente a la censurable agresión romana del siglo II antes de Jesucristo con una voluntad cero de resistir acentuada por la rendición incondicional y el desarme unilateral. Cartago declaró la guerra a Roma sólo después de haberse enterado de la

## FOREIGN AFFAIRS

Nueva York

Vol. 46, núm. 1, Oct. 1967

GEORGE F. KENNAN: *The Russian Revolution-Fifty Years After* (La revolución rusa: cincuenta años después), págs. 1-21.

sentencia de muerte romana contra su ciudad, el centro de su comercio e industria. El apaciguamiento les había hecho impotentes, pero el renacimiento de la voluntad de resistir les permitió luchar contra las fuerzas armadas de Roma, aunque para acabar en la derrota y total destrucción. En nuestros mismos tiempos, el voto de la Unión de Oxford en el sentido de negarse a «luchar por el rey y la patria» y los grupos en favor de la paz a cualquier precio en Inglaterra y Francia estimularon a Hitler en la creencia de que la agresión poco a poco no tropezaría con resistencia alguna. Como lo dijo Churchill, entre los enemigos de Inglaterra «la idea de una Gran Bretaña decadente, degenerada, echó raíces profundas e influyó sobre muchos cálculos».

Los fracasos y las tonterías de las víctimas del agresor han ayudado a la agresión y desembocado en la guerra. Es lo que dijo Churchill en su «Historia de la segunda guerra mundial», con estas palabras: «Es mi propósito, demostrar ante todo cuán fácilmente la tragedia de la segunda guerra mundial pudo haber sido prevenida; cómo la malicia de los malvados se ha visto reforzada por la debilidad de los virtuosos.» En anteriores ocasiones hemos demostrado que existe una especie de esquema de la agresión y la conquista.

La política gubernamental nos ofrece unos comienzos adecuados y la experiencia ateniense del siglo IV antes de Jesucristo es una ilustración excelente de esa tontería. Durante diez años Demóstenes había arengado a sus conciudadanos y a otros griegos para que adoptasen una política de defensa unida de la independencia de los Estados-ciudad contra el poder creciente del rey Felipe:

J. M.

La revolución rusa ocurrió cuando la hegemonía europea sobre las partes subdesarrolladas del mundo había pasado del punto culminante. Esta hegemonía, una función de la gran disparidad tecnológica entre Europa y el resto del mundo, estaba llamada a ser modificada por procesos naturales; pero la primera guerra mundial, que drenó mucha de su vitalidad no menos que del capital, aceleró el proceso.

Con un fondo así, la revolución rusa estalló de manera espectacular como el primer gran ejemplo de la rebelión triunfante de la no Europa contra Europa.

Pero las consecuencias de mayor importancia de la revolución rusa han sido internas, por supuesto. Sin duda, cambios de tal magnitud en la vida de la gente no se prestan a una descripción breve. Los hechos sobresalientes son bien conocidos. Un sistema político de ochocientos años fue barrido. Se acabó con una alta sociedad, en parte la herencia de siglos, con sus miembros muertos, forzados a emigrar, desposeídos o en estado de degradación.

Por métodos radicales y a costa de mucho sacrificio y sufrimiento, Rusia fue forzada a figurar en las filas de las grandes potencias industriales. Medio siglo después de la revolución las condiciones de vida de los trabajadores industriales son mejores que lo eran antes, pero así ha sucedido con tales condiciones en casi todas partes.

Lenin advirtió una vez con orgullo y alarde que el régimen soviético que había fundado duraba más de los 72 días de la Comuna de París. Ha durado medio siglo y continúa, en lo que a

uno se le alcanza a ver, firme y sin rival a la cabeza del tradicional Estado ruso.

Esos por el Occidente que nunca han podido aceptar la validez de las suposiciones clásicas del marxismoleninismo y que, incluso, dudan de su significación en relación con los grandes problemas sociales y económicos de nuestro tiempo se ven obligados a reconocer que en el ejemplo soviético cosas como la devoción, decisión, disciplina y autosacrificio con un sentido político crean sus propias realizaciones y sus propias recompensas, aparte del todo de la solidez de su inspiración ideológica. Los conceptos y propósitos de los hombres en el Poder son siempre y hasta cierto punto sueños. Esto es cuestión de grado; pero está dentro del poder de los hombres dar realidad a estos sueños por la decisión y el entusiasmo con los que persiguen: nunca por entero la realidad que esperaban o tenían el propósito de conseguir, pero una que no ha de ser necesariamente menos por razón de esta medida de distorsión.

Por otra parte, no se puede decir que el sistema de poder que han creado y mantenido haya alcanzado una estabilidad completa, bien en sus relaciones con el mundo no comunista o en sus relaciones con el gran pueblo sobre el cual se extiende.

ARTHUR SCHLESINGER, JR.: *Origins of the Cold War* (Orígenes de la guerra fría), páginas 22-52.

La guerra fría en su forma original fue, es de suponer un antagonismo mortal, surgido en la estela de la segunda guerra mundial, entre dos bloques rígidamente hostiles, uno dirigido por la Unión Soviética, el otro por los Estados Unidos. Durante casi dos décadas sombrías y peligrosas, este antagonismo dominó los temores de la humanidad; pudo en alguna ocasión haber estado cerca de hacer explotar el planeta.

Frente al universalismo enraizado en la tradición legal y moral norteamericana, apoyado abrumadoramente

por la opinión contemporánea, que recibió confirmaciones sucesivas en la Carta Atlántica de 1941, la Declaración de las Naciones Unidas de 1942 y la Declaración de Moscú de 1943, el Kremlin ha pensado *únicamente* en las esferas de interés; por encima de todo, los rusos estaban decididos a proteger sus fronteras y muy especialmente la frontera del Oeste, cruzada tan a menudo y tan sangrientamente en el oscuro curso de su historia. La historia de Rusia ha sido la historia de las invasiones, la última de las cuales había acabado en la matanza horrible de hasta veinte millones de sus gentes.

El cisma que se produjo en la coalición de tiempos de guerra llegó a ser considerado como el resultado de nada más que los desacuerdos entre Estados nacionales. Con esta suposición, no hay duda que hubo un fallo en las comunicaciones entre los Estados Unidos y Rusia, una mala percepción de señales y, con el paso del tiempo, una tendencia creciente a ir achacando motivos ominosos a la otra parte. Parece difícil, por ejemplo, negar que la política norteamericana de la posguerra creó dificultades reales a los rusos e incluso asumió un aspecto para ellos amenazador.

Una gran omisión de los revisionistas que concedían a esto especial importancia—y la explicación fundamental también de la rapidez con que se escaló la guerra fría—está precisamente en el hecho de que la Unión Soviética no era un Estado nacional tradicional. La Unión Soviética era un fenómeno muy distinto de los Estados Unidos o la Gran Bretaña: era un Estado totalitario, dotado de una ideología que lo explicaba todo y todo lo justificada, comprometida a la infabilidad del Gobierno y el partido, todavía en una actitud un tanto mesiánica, que comparaba la disensión con la traición y que estaba gobernada por un dictador que, a pesar de todas sus dotes realmente extraordinarias, tenía sus momentos paranoicos.

El marxismoleninismo dio a los dirigentes rusos un punto de vista del mundo según el cual todas las sociedades están inexorablemente destinadas a

marchar a lo largo de caminos establecidos por etapas señaladas hasta haber alcanzado la utopía de una sociedad sin clases.

Stalin y sus asociados, no importa lo que Roosevelt y Truman hiciesen o dejaran de hacer, estaban en la necesidad de considerar a los Estados Unidos como el enemigo, no a causa de este hecho o aquél, sino del hecho primordial de ser los Estados Unidos la primera potencia capitalista, y así, según el silogismo leninista, implacablemente hostil empujada por la lógica de su sistema a oponerse, a cercar y destruir a la Unión Soviética.

**YEVSEI LIBERMAN:** *The Soviet Economic Reform* (La reforma económica soviética), páginas 53-63.

El ritmo rápido del desarrollo económico soviético, iniciado en 1921-1922, se basó en la teoría de Lenin de que el socialismo y el comunismo podrían ser contruidos en nuestro país en el caso de establecerse la propiedad pública de los medios de producción, con la economía centralmente planificada. Lenin había reconocido la equivocación de los días del llamado «comunismo militar» (1918-1921), con el intento de establecer el socialismo sin relaciones de mercado, aunque la equivocación era comprensible e incluso valiosa.

Así se colocó la piedra angular para la edificación de la sociedad socialista, como una nueva forma planificada de producción de mercancías basada en la ley del valor y las relaciones entre mercancías y monedas. Es importante tener en cuenta, sin embargo, que en la U. R. S. S. la ley del valor no era fijada espontáneamente, es decir, anárquicamente, sino dentro del marco de trabajo de proporciones y tasas fijadas en un plan económico general. De la misma manera que los medios de producción no pueden ser de propiedad privada con miras gananciales, así el funcionamiento de la ley del valor bajo el socialismo no ha conducido ni puede conducir a la polarización de la pobreza y la riqueza y la creación de antagonistas contradicciones de clase.

Pero la ley del valor lleva a la formación de ganancias. Muchas personas en el Occidente no comprenden cómo la ganancia puede ser compatible con el socialismo.

El principio esencial de reforma adoptada en la U. R. S. S. y en funcionamiento desde hace más de un año, es que aquello que resulta ventajoso para la sociedad en su conjunto debería ser ventajoso para cada empresa industrial. En busca de esto se están adoptando cierto número de medidas, entre las que se incluyen: crecimiento de la independencia de las empresas; apreciación de su trabajo tomando el provecho como criterio; introducción del pago para las partidas destinadas a la producción; elevación de los incentivos materiales para el personal, en proporción al rendimiento de la empresa, salidos de las ganancias; aumento de la contratación directa de las empresas entre sí para el abastecimiento de artículos, y establecimiento de precios asentados en una base económica, no en decisiones arbitrarias.

El año pasado (1966) 704 empresas, con más de dos millones de personas empleadas, o sea más del 10 por 100 del censo de trabajo industrial soviético, cambiaron al nuevo sistema de operación. En la industria en general, el volumen de la producción subió ese año en un 8,6 por 100, las ganancias en un 10 por 100 y la productividad del trabajo en un 5,2 por 100; pero en esas 704 empresas se acusó una ganancia de más del 10 por 100 en el volumen de ventas aproximadamente del 25 por 100 en los beneficios y el 8 por 100 en la productividad del trabajo. Estos son datos promediados; en empresas individuales ha habido resultados más altos. Ahora pasan de 2.200 las empresas que han pasado al nuevo sistema.

**PHILIP E. MOSELY:** *The Kremlin and the Third World War* (El Kremlin y la tercera guerra mundial), páginas 66-77.

La derrota cataclísmica de la coalición árabe en la tercera guerra árabe-israelí ha realizado los dilemas básicos

a que han de hacer frente los forjadores de la política soviética en sus incansables esfuerzos por ganar amigos y alistar aliados dentro del «Tercer mundo» de las naciones subdesarrolladas. Esto ha elevado a la enésima potencia la cuestión de las metas y los medios soviéticos.

Uno de los principales es si los recursos y energías soviéticos deberían dedicarse a fomentar el establecimiento del comunismo y, es de suponer, regímenes obedientes por el exterior, o si los propósitos soviéticos podrán ser también o mejor servicios mediante el apoyo de partidos y gobiernos nacionalistas, anti-imperialistas, pero no comunistas. En términos históricos, Lenin optó ya en 1920 por abrazarse al cuerno nacionalista del dilema. Frente a las insistencias de M. N. Roy, un brillante comunista indio, Lenin, en el II Congreso del Comintern insistió en que los nacientes partidos comunistas y la Unión Soviética deberían prestar apoyo a los «nacionalistas burgueses», por ejemplo, al Partido del Congreso en la India y a los kemalistas en Turquía, con miras a ganar aliados para Rusia y romper el «cerco imperialista» del nuevo Estado soviético. Deberían hacerlo dijo, incluso en el caso de suponer el lanzamiento por la borda de partidos comunistas y la aceptación del riesgo de que nuevos regímenes nacionalistas, una vez en el poder, se volvieran anticomunistas en su país y antisoviéticos en su política exterior. A la larga, sostuvo Lenin la impuesta retirada del «imperialismo» bajo los golpes del nacionalismo aceleraría la caída eventual del capitalismo. Mientras tanto, el debilitamiento de los imperialistas a causa de la alianza entre la Rusia soviética y los nacionalistas realzaría la seguridad soviética y el prestigio de Moscú.

Un debate similar sobre el mismo dilema ha estado en curso, de manera intermitente, dentro del Kremlin desde 1952. La muerte de Stalin, en 1953, se tradujo en agudos debates sobre la gama en su totalidad de los programas básicos tanto internos como internacionales.

¿Cuáles han sido las ganancias, apar-

te el aplauso, de la nueva política soviética? La primera, la más fácil, ha sido fomentar una nueva imagen de la Unión Soviética como amiga de las naciones recientemente, incluso todavía, coloniales, un amigo nuevo y un mecenaz capaz y ansioso de ayudarles para alcanzar la dignidad de un Estado y el desarrollo correspondiente.

GEORGE LICHTHEIM: *What is Left of Communism?* (¿Qué queda del comunismo?), páginas 78-94.

Medio siglo después de haberse hecho Lenin con el poder, para dar comienzo a una reacción en cadena asociada con su nombre, ya no existe un centro único para la dirección de lo que se describe generalmente como el movimiento comunista mundial. Las ondas generadas por la explosión original siguen viajando, pero con un curso profundamente divergente del trazado en un principio por el Partido Bolchevique y la Tercera Internacional. El comunismo como fenómeno global, y la U. R. S. S. como el foco de la transformación industrial planificada no habitan en el mismo universo. Cualesquiera que sean las afirmaciones retóricas, sus respectivas líneas de desarrollo apuntan crecientemente en direcciones que se van alejando entre sí.

Ideológicamente, esta divergencia se manifiesta en la erosión lenta de la autoridad de Moscú sobre la lealtad de sus seguidores nominales. Planetas oscurecidos que dan vueltas en torno al moribundo sol de la Revolución de Octubre, los partidos comunistas de Europa, Asia y la América Latina marchan por sus órbitas separadas, ora atraídos por la geografía o las presiones del conflicto entre el Oriente y el Occidente, ora impulsados en direcciones distintas por el resurgimiento del nacionalismo o el impacto de la escisión chinosoviética. Profundamente afectado por los argumentos contradictorios de Moscú y Pekín, el movimiento ha empezado a exhibir síntomas inconfundibles de desintegración.

La Revolución de Octubre había de ser, según la interpretación de Lenin,

la fase inicial de un esfuerzo gigantesco por unir la revolución proletaria en Occidente con el levantamiento nacional y anticolonial en el Oriente. A pesar de las disputas anchamente divulgadas entre los sucesores de Lenin, esta perspectiva era compartida por los trostkistas, stalinistas y bukharinistas por igual. Era la base tanto de sus disputas doctrinales sobre la línea correcta a seguir en el interior como de la manera real de conducir la política exterior soviética en los días de la Tercera Internacional y más allá. Su abandono práctico por los herederos de Stalin significa más que la pérdida normal de fervor que es de esperar de los gobernantes de una sociedad crecientemente conservadora y estratificada; ha de ser considerado como evidencia de los peligros inherentes en el original programa leninista que se han puesto al fin de manifiesto ante los gobernantes de la U. R. S. S. posrevolucionaria. El gran peligro es el comprometerse en el servicio de una revolución mundial utópica que ha de eliminar toda esperanza de «coexistencia pacífica» con los Estados Unidos, y un compromiso semejante es algo que la dirección soviética actual parece decidida a evitar.

El marxismoleninismo está en proceso de desintegración. La visión de un movimiento global que abarque a la vez a los países avanzados y atrasados ha sido abandonada tanto por Moscú como por Pekín: por Moscú, a causa del creciente conservadurismo de la sociedad soviética, incompatible con nociones tan alarmantes; por Pekín, por no existir ya en el Occidente un movimiento revolucionario de trabajadores que pudiese ser considerado como aliado firme de una China renaciente.

ROBERT SHAPLEN: *Vietnam: Crisis of Indecision* (Vietnam: crisis de indecisión), páginas 95-110.

En tierra, la guerra del Vietnam no es probable que llegue a otra cosa que la «indecisión», ni siquiera en el caso de que coreanos y australianos envíen más tropas y que los survietnamitas aumenten el reclutamiento, con-

siguiéndose así una fuerza aliada total de unos 1.300.000 soldados. No se puede esperar que los comunistas caigan por debajo de la proporción de uno a cuatro de la fuerza total, y esta relación es en la práctica menor debido a que un porcentaje mayor de sus fuerzas toma parte activa en la lucha. En otros aspectos, el más importante de los cuales es la organización del interior, el Vietcong está aún considerablemente por delante de los survietnamitas. En la zona turbia de la pacificación y el desarrollo revolucionario, al cabo de varios años de experimentación y reorganización repetidas, el progreso por el lado gubernamental es dolorosamente lento. Se ha llegado tardíamente a tener la sospecha de que las fuerzas regulares survietnamitas acaso nunca sean galvanizadas y estimuladas hasta formar con ellas la seguridad adecuada para los equipos dedicados al desarrollo revolucionario, y que la tarea debería ser confiada a las fuerzas populares o locales, a las que se habría de aumentar la paga (siguen siendo todavía las peor pagadas de las tropas vietnamitas en conjunto) y proporcionar armas mejores.

Hay algunos norteamericanos que piensan todavía que la guerra puede ser ganada en el campo de batalla o, por lo menos, que se puede forzar al Gobierno de Hanoi con bombardeos y la presión militar en el Sur para que acuda a la mesa de la conferencia, pero es creciente el número de los que presienten que la manera de llegar al fin del conflicto está en un arreglo político en el Vietnam del Sur.

Cualquier posibilidad de acuerdos locales entre los elementos favorables a Saigón y al Vietcong por el interior survietnamitas ha de presuponer dos condiciones relacionadas: la existencia en Saigón de un Gobierno dirigido por civiles que cuente con el respeto de los survietnamitas, incluidos por lo menos en potencia los cinco millones que viven en las zonas controladas por el Vietcong, y una consiguiente buena disposición por parte de los dirigentes locales de estos cinco millones a iniciar una serie de diálogos selectivos.

Si el Vietnam ha sido un capítulo trágico y a menudo mal interpretado del compromiso y la intervención de los Estados Unidos, la tendencia hacia la retirada y el neoaislacionismo, que ha sido el subproducto político interno y confuso del conflicto, ni representa una solución práctica ni es buen augurio de la aceptación de nuestras inevitables responsabilidades en un mundo que sigue siendo altamente combustible y revolucionario. La crisis de indecisión que tenemos por delante en el Vietnam ha prolongado sencillamente y agravado la confusión y ha hecho más difícil tratar con los problemas a largo plazo de la creación de una paz constructiva en el Sudeste Asiático.

RICHARD M. NIXON: *Asia After Vietnam* (Asia después de Vietnam), páginas 111-125.

La guerra en el Vietnam ha dominado durante tanto tiempo nuestro campo de visión que ha deformado nuestro cuadro de Asia. Un pequeño país en el borde del continente ha llenado la pantalla de nuestras mentes; pero no llena el mapa.

La presencia de los Estados Unidos ha ofrecido una prueba tangible y altamente visible de que el comunismo no es necesariamente la ola del futuro de Asia.

El Vietnam, por otra parte, ha distraído la atención de Pekín de otros objetivos en potencia, como la India, Tailandia y Malasia.

Muchos sostienen que un eje atlántico es natural y necesario, a tiempo que insisten en que Kipling tenía razón y que los pueblos asiáticos son tan «diferentes» que la misma Asia es sólo periféricamente un motivo de preocupación para los Estados Unidos. Esto representa un chauvinismo racial y cultural que hace poco honor a los ideales norteamericanos y revela escasa apreciación tanto del empuje hacia el oeste de los intereses norteamericanos como de la dinámica del desarrollo mundial.

Los Estados Unidos son un imperio del Pacífico. Europa se ha venido retirando de los residuos imperiales, pero los Estados Unidos, con una costa que forma un arco que va desde Méjico al estrecho de Bering, es un ancla de la vasta comunidad del Pacífico. Tanto nuestros intereses como nuestros ideales nos empujan hacia oeste adelante, a través del Pacífico, no como conquistadores, sino como asociados, unidos por el mar no sólo con las naciones orientales del litoral asiático del Pacífico, sino, y al mismo tiempo, con la Australia occidental y Nueva Zelanda, y con las naciones isleñas entre medias.

Desde la segunda guerra mundial una nueva Asia ha venido emergiendo con asombrosa rapidez; es más, Asia cambia con mayor rapidez que cualquier otra parte del mundo. A lo largo de todo el borde de China las naciones se van haciendo occidentales, sin dejar de ser asiáticas.

Uno de los legados del Vietnam es casi seguro que ha de ser una profunda resistencia, por parte de los Estados Unidos, a verse envueltos, una vez más, en una intervención similar sobre una base similar. La guerra ha dado lugar a severas tensiones en los Estados Unidos, no sólo militares y económicas, sino sociales y políticas. Una amarga disensión ha roto la trama y urdimbre de la vida intelectual norteamericana y cualquiera que sea la salida se necesitará tiempo para repararla. Si otro país amigo se viese amenazado por una insurrección comunista con apoyo externo—ya sea en Asia, Africa o incluso en la América Latina—se puede dudar seriamente de que el público norteamericano o el Congreso prestasen apoyo a una intervención unilateral norteamericana, incluso en respuesta a la petición del gobierno afectado.—J. M.

INTERNATIONAL ORGANIZATION

Boston

Vol. XXII, núm. 1, invierno 1968

ISALAH FRANK: *The Role of Trade in Economic Development* (El papel del comercio en el desarrollo económico), págs. 44-71.

El papel clave del comercio en el proceso de desarrollo económico está anchamente reconocido en la actualidad. Dos acontecimientos recientes lo confirman. La convocatoria en 1964 de la U. N. C. T. A. D. (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo), como órgano permanente de las Naciones Unidas, y la adopción de una serie de artículos sobre comercio y desarrollo por el G. A. T. T. o Acuerdo General de Comercio y Derechos de Aduana.

El comercio como «motor del desarrollo» fue un concepto de amplia aplicación a la experiencia del siglo XIX y en particular a los productores primarios de una zona templada como Australia o el Canadá. Pero para los países menos desarrollados de hoy el hincapié en el papel clave del comercio es relativamente reciente.

En lo tocante a la política comercial, los años 50 fueron un período de mirar hacia adentro. La sustitución de las importaciones se presentaba como algo francamente deseable en muchos países en vías de desarrollo como el mejor camino hacia la industrialización y la independencia en cosas como la balanza de pagos.

Como consecuencia de dos acontecimientos, las limitaciones de esta manera de ver las cosas se puso crecientemente de manifiesto en la segunda mitad de esa década. Uno fue el darse cuenta de que la estrategia de la industrialización mediante la sustitución de las importaciones sólo se podría llevar hasta un punto y no más allá. El otro, un serio deterioro en el desarrollo de las exportaciones de los

países en vías de desarrollo. El ritmo de aumento de sus ingresos por exportaciones bajó de un 4,2 por 100 anual entre 1950 y 1955 a un 2,9 por 100 entre 1955 y 1960, con la consiguiente cesión en el crecimiento «per cápita» de los ingresos, que cayó de un 2,5 a un 1,9 por 100. Estas tendencias fueron el producto de un crecimiento perezoso en la demanda externa de productos primarios procedentes de los países en vías de desarrollo, con un movimiento adverso en los términos de comercio.

El crecimiento de la exportación y las inversiones exteriores a menudo se dan la mano. Una fuerza poderosa para el desarrollo del movimiento del capital extranjero en la última parte del siglo XIX fue la gran demanda en Europa de productos primarios procedentes de Ultramar.

Aún hoy, la tendencia predominante en las inversiones privadas de los Estados Unidos en los países menos desarrollados refleja la preferencia por los productos primarios para los cuales los mercados son abrumadoramente externos. A fines de 1965, las inversiones directas de los Estados Unidos en el mundo en desarrollo subían a 15.119 millones de dólares. De este total, 8.322 millones, o sea, el 55 por 100, correspondía a la minería y fundiciones y al petróleo.

RAÚL SÁEZ, A.: *The Nine Wise Men and the Alliance for Progress* (Los nueve sabios y la Alianza para el Progreso), págs. 244-269.

El sistema interamericano representa el primer intento para dar realidad a la idea de la cooperación regional. Cualquiera que sea la opinión general del mundo sobre el éxito del sistema, desde que se inició, en los comienzos del siglo XIX, las naciones de América han tratado de establecer un orden jurídico capaz de resolver sus problemas mutuos, hacer frente conjuntamente a la defensa del hemisferio y preservar la paz en la región. De hecho, esta política, expresada ini-

cialmente en la Doctrina de Monroe de 1823, fue llevada adelante al principio de manera unilateral y más tarde, después de la primera Conferencia Internacional de Estados Americanos, en 1889-1890, por medio de un órgano colectivo ineficaz. No se alcanzaron los objetivos deseados y de hecho sólo se cayó en formas violentas del imperialismo, como la política del «big stick» y el intervencionismo.

Este experimento, de un siglo de duración, no se aproximó a la realización del ideal de la igualdad política ni a un «modicum» de respeto por los intereses de los distintos países implicados, pero fue, en cualquier caso, el marco de un sistema capaz de resolver los conflictos de las naciones de la región.

Con anterioridad a 1914, la América Latina se dirigió al mercado europeo de capital en busca de recursos para resolver sus problemas con préstamos a largo plazo y financiar las obras públicas o los déficits fiscales o de pagos.

A la depresión que siguió a la primera guerra mundial acompañó la prosperidad de los años 20, que por medio de las exportaciones culminó en el primer avance tecnológico, desorganizado y sin dirección de la América Latina. En todo ello no tuvo participación el sistema interamericano y no se habló de conceptos ni objetivos del desarrollo social y económico.

La depresión de los años 30 de nuevo creó condiciones especiales, pero esta vez se presenció un cambio político de vastas consecuencias en las relaciones interamericanas. Los Estados Unidos, bajo el presidente Roosevelt, iniciaron un vasto programa de recuperación económica y progreso social, conocido como el «New Deal», cuya médula filosófica es el argumento de que el Gobierno debe intervenir en mucha mayor medida para influir sobre el curso de la economía. En los asuntos interamericanos, las políticas del «big stick» y el intervencionismo dejaron paso a la política del «buen vecino».

Finalmente vino la Alianza para el Progreso, con su Carta, y el objetivo

fundamental de movilizar «las energías totales de los pueblos y gobiernos en un gran esfuerzo de cooperación para acelerar el desarrollo económico y social de los países participantes de la América Latina, para que puedan alcanzar los máximos niveles de bienestar, con oportunidades iguales para todos, en las sociedades democráticas adaptadas a sus propias necesidades y deseos».

Para alcanzar estos objetivos la Carta dispone que será necesaria la acción en tres campos: 1) planes nacionales de desarrollo económico y social; 2) integración económica de la América Latina; y 3) defensa de las mercancías básicas de exportación.

## INTERNATIONAL ORGANISATION

Boston

Vol. XXI, núm. 4, otoño 1967

HENRI RAYMOND: *The Staffing of the United Nations Secretariat* (La dotación del Secretariado de las Naciones Unidas), págs. 751-767.

Ante el asalto conjunto de los miembros de la Europa oriental y afroasiáticos, la Comisión Quinta de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que siempre ha dedicado tiempo y atención considerables al problema de la permanencia de los nombramientos para el Secretariado, propuso a la Asamblea General, en la sesión de 1966, la adopción de una resolución en la que se reconocía la necesidad de una larga proporción de contratos permanentes y contratos a plazo fijo de larga duración para asegurar la estabilidad y funcionamiento eficaz del Secretariado.

La cuestión que preocupaba a la Comisión Quinta va más allá de los aspectos técnicos inmediatos. Subraya ciertamente el concepto mismo de la organización internacional tal y como surgió del nacimiento de la Sociedad de Naciones, hace casi cincuenta

años. Anteriormente, las organizaciones internacionales estaban dotadas con personal procedente de las administraciones nacionales, que seguía debiendo obediencia principal a sus gobiernos respectivos. En algunos casos, notablemente la Unión Postal Universal y lo que más tarde se convirtió en la Unión Internacional de Telecomunicaciones, el personal era incluso reclutado y organizado sobre una base puramente nacional, bajo el control administrativo y la responsabilidad de un solo Gobierno. Por lo que se llamaba el «concepto multinacional», la Sociedad de Naciones sustituyó la idea de un verdadero servicio «internacional».

La Comisión Preparatoria de las Naciones Unidas no podía prever las necesidades especiales de los programas de una futura ayuda técnica ni la naturaleza muy particular del trabajo de la Agencia de Energía Atómica; pero abarcó eficazmente en su recomendación todas las demás necesidades de empleo a corto plazo, es decir, de especialistas no necesarios, sobre una base permanente, de «personas con cualificaciones políticas especiales que pudieran ser necesarias para el desempeño de tareas urgentes y especiales» (anticipando aquí la «presencia de las Naciones Unidas») para recibir nombramientos de carácter temporal con destino a regiones representadas inadecuadamente en el Secretariado.

El concepto de un secretariado internacional, tal y como ha sido concebido por la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas, lleva implícita por parte del personal una lealtad exclusiva a la organización. Esa lealtad es un requisito, pero ha de ser también protegida. La justificación principal de un servicio convertido en una carrera es que ha de proteger al individuo que lo presta contra toda presión exterior. Los funcionarios internacionales están a menudo expuestos a los intentos de procedencia nacional, por influir sus actividades respectivas. No sólo han de ser completamente imparciales e independientes;

han de permanecer por encima de toda sospecha en cuanto a esto.

DAVID A. KAY: *The Politics of Decolonization* (La política de la descolonización), págs. 786-811.

Para 1960, la ola de la descolonización llegó a la cresta con la entrada, en un año, en las Naciones Unidas, de diecisiete miembros nuevos, de los cuales dieciséis eran africanos. En la jerarquía de prioridades de las nuevas naciones ninguna cuestión rebasa en importancia al compromiso de asegurar el fin rápido y completo del colonialismo occidental.

Ni el Occidente ni los latinoamericanos encontraron en las nuevas naciones inclinación alguna a la aceptación de la posibilidad de que hubiesen salido algunos efectos beneficiosos del colonialismo. Casi a una, las nuevas naciones describieron la era colonial como «nada más que una tormentosa sucesión de guerras y expediciones llevadas a cabo por las potencias intoxicadas por su potencial económico y militar, en busca de la ganancia de posesiones estratégicas y anhelantes de riquezas y prestigio» («Official Records» de la Asamblea General, XV sesión, dic. 13, 1960).

Por decisión de 89 votos en favor, ninguno en contra y nueve abstenciones, la Asamblea General—XV sesión—aprobó la Declaración sobre la Concesión de Independencia a los Países y Gentes Coloniales. La inquietud de la delegación de los Estados Unidos al encontrarse en compañía del grupo de potencias coloniales no recibió ayuda del hecho de que el único miembro negro de la delegación, la señora Zelba Watson George, se puso de pie y aplaudió la adopción del borrador afroasiático. Al explicar su voto, los Estados Unidos justificaron la abstención en el hecho de que la resolución guardaba un «silencio completo sobre aportaciones importantes» hechas por las naciones administradoras y estaba de tal modo «inclinada hacia la independencia completa como la única meta aceptable». Aun

cuando ha sido ésta la explicación formal de la abstención norteamericana, la razón real parece haber sido el llamamiento directo del primer ministro británico Harold Wilson, al presidente Dwight D. Eisenhower para evitar que el Reino Unido se viese colocado en una posición embarazosa. La decisión final de los Estados Unidos de abstenerse fue hecha por Eisenhower contra el consejo de la delegación norteamericana en su totalidad.

En 1961, con el empuje inicial procedente de nuevo de la Unión Soviética, pero con la fuerza mayor de influencia proporcionada por las nuevas naciones, la Asamblea General estableció una Comisión especial sobre el colonialismo para examinar la aplicación de la Declaración que había sido aprobada el año anterior. Frente a las nueve abstenciones de 1960, cuatro de los países que se abstuvieron, los Estados Unidos, Bélgica, Australia y la República Dominicana, votaron en favor del establecimiento de esta comisión. Las filas de los decididos a resistir la mayoría abrumadora de la Asamblea General sobre la cuestión de un compromiso general para acabar con el colonialismo se había reducido sustancialmente desde que la Carta de las Naciones Unidas fue escrita en 1945.—J. M.

## POLITIQUE ETRANGERE

París

Vol. XXXII, núm. 4-5, 1967

JHA, C. S.: *Le non-alignement dans un monde en évolution* (La no-alineación en un mundo en evolución), págs. 349-367.

El antiguo secretario general del ministerio indio de Asuntos Exteriores en Nueva Delhi, resume los puntos de vista esenciales de su país sobre la no-alineación, de la cual ha sido uno de los principales propulsores. Ante todo recuerda que la no-alineación, en

sus facetas de ideología, viene influyendo la política y la ética de numerosos países, así como el curso de las relaciones internacionales. Unos ven en ella una tercera fuerza y otros sólo un modo de enmascarar la inercia. Hay quien saluda esta política como una contribución positiva a la paz mundial y la realización de los objetivos de la O. N. U., pero también muchos lo califican de «inmoral». De todos modos, la política de no-alineación ha sido adoptada por más de cincuenta Estados y ha permitido que durante los últimos veinte años el mundo haya evitado en varias ocasiones los riesgos de guerra.

El primer antecedente de la moderna no-alineación se tuvo en el recinto de las Naciones Unidas entre 1946 y 1947; es decir, cuando la India envió allí su primera delegación como nación independiente. El punto principal internacional del nuevo Estado indio era la repugnancia hacia toda afiliación a los grandes bloques ideológicos. Aquella primera no-alineación preconizada por la India no era, sin embargo, solo una reacción contra la guerra fría, sino que también respondía a las aspiraciones de los pueblos que, recién liberados de las dominaciones extranjeras, se sentían impacientes de ser reconocidos como iguales por las otras naciones. Como la India fue el primero de aquellos países nuevamente independientes, tuvo que elaborar una política de la post-emancipación en un mundo nuevo. Sabido es que el intérprete y arquitecto de la nueva filosofía política fue Jawaharlal Nehru, desde su primera declaración general del 7 de diciembre de 1946. El fue también quien articuló los principios de la no-alineación, según la norma de que no consistía solo en no dejarse llevar por las grandes potencias, sino en dar preferencia a los objetivos de recuperación y creación en los países ex colonizados.

El desarrollo posterior de la no-alineación se ha hecho poniendo empeño en que no se confunda con la neutralidad. El mismo Nehru, hablando ante el Congreso de los Estados Unidos en 1955: «Allí donde la libertad esté

amenazada y la justicia en peligro; allí donde se cometan agresiones, no queremos ni podemos ser neutros.» Y luego la no-alineación fue desarrollada en un sentido de lucha para las independencias políticas y económicas y para la igualdad de los pueblos. El apogeo de la no-alineación se alcanzó cuando, al aflojar la guerra fría, el aumento de los países no-alineados hizo de ellos la primera fuerza moderadora en el seno de la Organización mundial.

Ahora se plantean como preguntas principales las siguientes: ¿Cuál es la situación actual de la no-alineación? ¿Conserva la fuerza que tenía? ¿Cómo ha podido resistir en veinte años de pruebas y traqueteos? ¿En qué medida se justifica ante el nuevo mundo transformado? De las respuestas justas a todas estas preguntas depende el porvenir de la no-alineación. En todo caso, el papel principal de los Estados no-alineados sigue siendo el de contrapeso en tiempos de crisis, para la defensa de la paz mundial y los principios de la Carta de la O. N. U. (como se demostró en los debates de la Asamblea General sobre los conflictos del Oriente Medio).

De todos modos, y dada la rapidez de la evolución en este mundo que es el nuestro, la imagen de la no-alineación tiende a cambiar con rapidez en sus modalidades de aplicación; aunque conserve su carácter en los principios políticos y morales. Por lo menos si existe un porvenir para el desarrollo y arraigo de la paz mundial, existe también un porvenir para la acción de los pueblos de la no-alineación, que figura entre sus más decididos sostenedores.

LEGAULT, ALBERT: *Organisation et conduite des opérations de maintien de la paix* (Organización y dirección de las operaciones para el mantenimiento de la paz), págs. 370-396.

Un capítulo entero de la Carta de las Naciones Unidas está consagrado a las acciones que han de llevarse a

cabo en casos de amenazas contra la paz, de ruptura de la paz y de actos de agresión. Pero los problemas del mantenimiento de la paz no se han ido presentando como habían sido previstos en la Conferencia de San Francisco. Cuando se ha sentido incapaz para prevenir o contener un conflicto, la O. N. U. se ha contentado con intervenir para estabilizar un estado de hecho o para oponerse a la reanudación de las hostilidades.

La acción pacificadora de la Organización mundial se ha manifestado en formas muy diversas. Las más frecuentes han sido el envío de grupos de observadores, o de comisiones de encuesta, de vigilancia, de comprobación y mediación. Así, en Grecia en 1946; en Indonesia, en 1947; en Cachemira y en Palestina en 1948; en el Líbano, en 1958; y en el Yemen, en 1963, cada vez, según decisión del Consejo de Seguridad. Las intervenciones militares sólo han sido decididas por el Consejo de Seguridad en dos ocasiones: es decir, en Corea el 27 de junio de 1950 y en el Congo el 14 de julio de 1960. Una forma muy particular fue la que nació en 1956, después de los sucesos bélicos de Suez, por la decisión de la Asamblea General estableciendo la F. U. N. U. o «Fuerza de Urgencia de las Naciones Unidas», para obtener y vigilar el cese de las hostilidades. Dicha fórmula fue después utilizada en Nueva Guinea en 1962, por decisión de la Asamblea General; y en Chipre, en 1964, por decisión del Consejo de Seguridad.

Mr. Albert Legault, adjunto a la dirección del Centro Internacional de Información sobre las operaciones de sostenimiento de la paz, ha resumido todos los aspectos esenciales de la historia de las fuerzas de mantenimiento de la paz; sobre todo el del estudio de la organización política, jurídica y material de las fuerzas de la F. U. N. U., desde su creación hasta que hubieron de retirarse del Oriente Medio, poco antes de la guerra de junio de 1967. Aquella retirada pudo considerarse como un fracaso, porque contribuyó a la posterior ruptura de

hostilidades; pero no excluyó las posibilidades de nuevas utilizaciones futuras de la F. U. N. U. después de las necesarias ampliaciones de sus bases legales. Por ejemplo, puede suponerse que la Secretaría General de la O. N. U. insistirá en el porvenir sobre la necesidad de una cláusula de compromiso previo para paliar las dudas sobre los plazos de permanencia. Lo esencial es hacer lo necesario para que la organización mundial no dependa de la buena voluntad del Estado sobre el cual actuarán las fuerzas internacionales.

Otro aspecto esencial en la organización de las operaciones del sostenimiento de la paz (aspecto que ha provocado las más vivas controversias) es el de su dirección política y militar. Según los términos de la Carta de las Naciones Unidas, estaba previsto confiar al Consejo de Seguridad la responsabilidad del empleo de las fuerzas armadas internacionales; en tanto que el Comité de Estado Mayor se encargaría de la dirección estratégica, bajo inspección del mismo Consejo. Pero no se ha llegado a concretar la aplicación de tales normas, a pesar de que para llegar a su efectivo funcionamiento la Secretaría General de la O. N. U. ha multiplicado las medidas de circunspección y prudencia.

R. G. B.

## INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 44, núm. 1, enero 1968

SHONFIEL, ANDREW: *Changing Commercial Policies in the Soviet Bloc* (Políticas comerciales cambiantes en el bloque soviético), págs. 1-13.

En teoría, el sistema del C.O.M.E.C.O.N. (Consejo para la Ayuda Económica Mutua de países comunistas), ofrece un medio definitivo para el arreglo de los saldos comerciales entre los países miembros. En la práctica, cada

uno hace planes sobre las relaciones comerciales con los demás por separado, con vistas a establecer un equilibrio exacto entre las exportaciones y las importaciones. La razón está en que cuando un país se encuentra al final de un período comercial con un saldo deficitario, sobre el cual buscar un arreglo con los acreedores, les ofrece por lo general mercancías a su disposición, sin tener en cuenta las necesidades del acreedor.

Merece la pena observar que existe un problema adicional en las diferencias en los niveles de precios en varios países del C.O.M.E.C.O.N., que complican las relaciones comerciales, con independencia de la cuestión sobre las mercancías «duras» y «blandas». Como los precios en cada país son fijados por su propio Gobierno, en consonancia con lo que considera ser los requisitos de su propia política económica, hay grandes diferencias, incluso en mercancías de uso muy generalizado entre un país y otro.

La reforma del sistema de precios está en evidencia, desde hace tiempo, por todo el mundo del C.O.M.E.C.O.N., un aspecto muy importante, aunque no el único, del programa de reforma de la economía. La mayor dificultad con que se tropieza está en la necesidad de una eliminación general de las subvenciones de algunos artículos y servicios facilitados al público, un ejercicio extraño, impopular y hasta políticamente explosivo.

Se discute ya entre los reformadores la necesidad de medidas especiales para contrarrestar la probable reducción en el comercio con la U.R.S.S. Pero cuesta trabajo vislumbrar la posibilidad de compromiso en la cuestión de una sola reforma de precios que abarque a todo el territorio del C.O.M.E.C.O.N.

Debe tenerse en cuenta también que la conversión del C.O.M.E.C.O.N. al uso de «dinero real» en el comercio interregional habría de producir a la larga un resultado de la misma clase que la imposición de precios uniformes y la reforma monetaria en todos los países miembros. Así, cualquier país cuyos precios resultasen excesivamente

altos perdería ingresos por concepto de exportaciones, para encontrarse al final en la imposibilidad de hacer frente al precio de las importaciones esenciales.

En cierto modo, las nuevas presiones en la distribución geográfica del comercio de algunos países más adelantados del C.O.M.E.C.O.N. puede introducir cambios profundos en el equilibrio del poder económico dentro del bloque comunista.

CAROLINE M. MILES: *After the Kennedy Round* (Después del «Kennedy round»), págs. 14-25.

El alcance del movimiento de liberalización comercial proyectado por las negociaciones del G. A. T. T. conocidas como «Kennedy round» no ha sido, ni con mucho, lo que se pensaba al empezar, en 1962. Y, sin embargo, representa el mayor paso dado en el sentido de rebajar los derechos aduaneros por un gran número de países y de manera simultánea. En cualquier caso, el péndulo ha empezado a moverse en la otra dirección, movido por el descontento que los resultados han producido en los países en vías de desarrollo que participaron en las negociaciones.

Surgen también los reparos de algunos de los grupos de intereses especiales afectados, quienes, ahora que han tenido tiempo para hacer cálculos detallados y analizar hasta donde sus Gobiernos respectivos no han conseguido convertir las esperanzas en realidad, han empezado a quejarse. Y como aún no ha empezado la aplicación práctica de los acuerdos, estas presiones han de ser consideradas como un peligro para el acuerdo en su totalidad. Alcanzan el punto de máximo desarrollo en los Estados Unidos, donde han sido presentadas al Congreso más de cien propuestas de tendencia proteccionista que afectan a una larga lista de actividades industriales, desde el acero a los productos electrónicos y los tejidos a los cultivos de visones.

Parece como si el «Kennedy round» apuntase al final de la carrera de la liberación comercial, por la que se había marchado con tanto éxito en los últimos veinte años. Resulta difícil anticipar el curso probable de los programas para el desarrollo del comercio mundial. En lo relativo a los países industriales, quizá el factor más oscuro sea el futuro de la Gran Bretaña, dentro o fuera del Mercado Común.

Los programas del comercio internacional están en el limbo, que bien pudiera ser un lugar tan bueno como otro cualquiera para mirar tanto hacia atrás como hacia adelante.

El futuro de Inglaterra es cosa para los adivinos, pero donde quiera que se encuentre a mitad de la década próxima, es probable que exista una fricción continuada entre los partidarios de la necesidad de una liberación sostenida sobre una base multilateral, a través de la aplicación de la cláusula de «nación más favorecida», y los que contemplan el progreso a través de acuerdos discriminatorios especiales, en particular entre los países en vías de desarrollo.

En cualquier caso, cualquier intento por negociar nuevas y sustanciales reducciones en las barreras comerciales parece que ha de conducir al planteamiento de nuevos problemas.

Los problemas del reajuste estructural demuestran ser lo suficientemente difíciles cuando surgen en conexión con las propuestas de liberalización comercial entre los países industrializados.

FRANK SPENCER: *The United States and Germany in the Aftermath of War* (Los Estados Unidos y Alemania después de la guerra), páginas 48-62.

En la conferencia de la cumbre en Yalta, Roosevelt dio amplias pruebas de su intención de hacer de la cooperación con Rusia en la posguerra su principal objetivo.

Roosevelt y Churchill habían acordado ya que Francia tuviese también una zona de ocupación en Alemania y Berlín, y Stalin accedió ahora a ello, pero no quiso aceptar su presencia en el Consejo de Control. Roosevelt, que había dicho el 5 de febrero (de 1945) que no era probable que las tropas norteamericanas permaneciesen en Europa durante más de dos años, alarmó a Churchill al respaldar este reparo, pero siguió adelante. Roosevelt y Stalin se pusieron de acuerdo en lo relativo a pasadas reparaciones a ser impuestas a Alemania, si bien Roosevelt no comprometió a los Estados Unidos en nada más que la toma en consideración de las sugerencias soviéticas sobre una suma total de 20.000 millones de dólares, de los que 10.000 millones irían a Rusia. Tanto Roosevelt como Churchill eran partidarios en esos momentos de la internacionalización del Ruhr y también estuvieron de acuerdo en la partición de la Prusia oriental entre Rusia y Polonia. También, en efecto, aceptaron la demanda de Stalin para llevar hasta el Oder-Neisse la frontera occidental de Polonia. Esto fue principalmente la falta de Roosevelt, pero su revelador subterfugio de que no podía decidir entonces sobre las fronteras («habrá de ser objeto de posterior decisión del Senado») ha de tener como excusa el hombre que se estaba muriendo.

Tanto Roosevelt como Churchill, pero Roosevelt sobre todo, llegaron a la conclusión de que habían hecho un buen negocio en Yalta y que eran buenas las perspectivas de una colaboración.

Los rusos necesitaban desesperadamente la cooperación con el Occidente, en particular con los Estados Unidos, para la restauración del daño tremendo sufrido por su economía, a tiempo que su gran objetivo era asegurar las reparaciones alemanas. Averell Harriman, embajador norteamericano en Moscú, los miembros de la misión militar allí y la mayoría de los consejeros políticos y ayudantes de Roosevelt se sentían desalentados por la codicia adquisitiva rusa, así como la ingratitud y brutalidad soviéticas

antes ya de la muerte del presidente. Con todo, este hecho acaso no hubiese afectado a la forma en que Truman hizo frente al problema alemán de no haber sido por la disputa sobre Polonia, la creencia de que la ayuda soviética había sido innecesaria en la guerra contra el Japón, por lo que no deberían hacerse concesiones por este lado, y la sensación de fuerza que la posibilidad de la bomba atómica dio (hacia finales del verano) a Truman. Por tanto, Truman informó a Molotov, el 23 de abril de 1945, que, a menos que Rusia cediese sobre Polonia, no habría ayuda económica norteamericana.

J. M.

## INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 44, núm. 2, abril 1968

H. G. NICHOLAS: *Vietnam and the Traditions of American Foreign Policy* (Vietnam y las tradiciones de la política exterior de los Estados Unidos), págs. 189-201.

Vietnam, como un miasma, ha penetrado en el último rincón de la vida norteamericana. El observador extranjero queda asombrado a cada instante ante el alcance de lo que desborda otra consideración y se entromete hasta en las cuestiones que parecen no tener con ello la menor relación.

Hace una generación, al escribir sobre la adquisición de las Filipinas, en 1898, el decano de los historiadores diplomáticos norteamericanos, Samuel Bemis, la describió como «la gran aberración», con el resultado de que los Estados Unidos se hicieron cargo de «vastas obligaciones en una parte del mundo donde sus intereses no son vitales y se metieron en un laberinto político en el que sus pasos son los menos seguros y su visión de lo me-

mos luminosa». ¿Ha de ser la aventura del Vietnam considerada de la misma manera, como una extraña desviación de la tradición nacional, la extensión caprichosamente arrogante de ideales mesiánicos del interés nacional?

Muchos críticos no estarán descontentos con semejante interpretación de la política norteamericana en el Vietnam.

La ortodoxa teoría leninista del imperialismo no tendría dificultades para colocar bajo su rúbrica la política de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático. El interés de los Estados Unidos en la región ha crecido de manera extraordinaria.

En 1950, en el mismo verano en que se produjo la resistencia en Corea, los Estados Unidos se comprometieron a extender ayuda económica y militar al Vietnam, Laos y Camboya, basándose en que el imperialismo soviético amenazaba la seguridad nacional y la democracia por allí. Esto se podría sostener razonadamente, está conforme con la misma tradición internacionalista que se afirmaba en la actitud hacia Corea. Pero, aparte los fallos que en Corea se pusieron en evidencia, el papel internacionalista jugado por los Estados Unidos en Indochina, o más precisamente, en el Vietnam del Sur, se puso algo más en evidencia. Como resultado del borbonismo francés, los norteamericanos se encontraron con la sorpresa de tener que apechar con la más anti-internacionalista de todas las etiquetas, la del «colonialismo». Y hasta cuando el colapso francés y su retirada dejó a los dos Vietnam independientes, el endoso norteamericano de Ngo Dinh Diem y su sostenimiento contra viento y marea fueron garantía de que esto sería modificado—caso de que hubiese modificación—únicamente con el prefijo «neo». Y la negativa de Dulles de aceptar cualquier contaminación de los acuerdos de Ginebra y la insistencia en que las elecciones conjuntas en el Vietnam sólo podrían celebrarse bajo los auspicios de las Naciones Unidas, asumió de manera demasiado descarada el aire del recurso

a la apariencia internacionalista para ocultar la realidad nacionalista.

MASON WILLRICH: *A.B.M. and Arms Control* (Los A. B. M. y el control de los armamentos), págs. 228-239.

La decisión norteamericana de producir e instalar un sistema de proyectiles antibalísticos para la defensa —A. B. M.—, supone que se ha llegado a un punto significativo, acaso decisivo, en la carrera de armas nucleares y los esfuerzos por someterla a control.

De la mayor importancia es el hecho de que la decisión de la Administración Johnson de desplegar este sistema es de carácter limitado, al menos de momento. En costo, unos 5.000 millones de dólares, y eficacia en la interceptación de solo un número reducido de cabezas nucleares. Este sistema consistirá en dos clases de proyectiles y aparatos adecuados de radar y computadoras electrónicas: el «Spartan», de largo alcance, para ofrecer una defensa limitada de centros de población; y el «Sprint», de corto alcance, como la defensa de «punto duro» o terminal de los aparatos de radar y silos de los «Minuteman».

Este despliegue no protegerá la población de los Estados Unidos o su industria contra la calidad y cantidad de ataque nuclear que la Unión Soviética es capaz de lanzar ahora o será capaz de hacerlo en el futuro. Ofrecerá, sin embargo, una cierta medida de defensa terminal de los silos con «Minuteman» y también alguna capacidad para hacer frente a las consecuencias del lanzamiento accidental por parte de un sistema de ataque nuclear.

A lo largo de un continuado proceso de investigación, desarrollo e innovación en armas nucleares y sistemas de lanzamiento desde la segunda guerra mundial, la tecnología de la ofensiva ha mantenido una posición francamente ventajosa sobre la defensa. La diferencia ha persistido no por no existir la posibilidad de interceptar

una ofensiva nuclear, sino por existir grandes cantidades de cabezas nucleares y la gigantesca capacidad destructiva de cada una de ellas, lo que requiere un grado de eficacia para la defensa, que, hasta muy recientemente, era claramente inalcanzable.

Del desequilibrio tecnológico de la ofensa sobre la defensa ha salido un principio estratégico básico, el del «deterrence» o disuasión.

Ante la decisión norteamericana, la Unión Soviética cuenta con cuatro opciones básicas: primero, no hacer nada; segundo, contrarrestar esa línea ligera de proyectiles defensivos aumentando la potencia ofensiva propia; tercero, reforzar su propio sistema defensivo; y cuarto, aumentar a la vez la capacidad defensiva y ofensiva.

SEYMUR BROADBRIDGE y MARTIN COLLICK: *Japan's International Policies* (La política internacional del Japón), págs. 240-253.

La naturaleza del progreso económico del Japón en las dos décadas desde 1947 guarda relación directa con un pasado de confusión, debido a presiones emocionales, ideológicas y prácticas en política interna y externa sobre cosas como China, el Sudeste Asiático y las relaciones con los Estados Unidos, y también al endurecimiento reciente del compromiso del Japón con el frente anticomunista en Asia. El rápido crecimiento económico, del 10 por 100 anual desde 1955, ha empujado al Japón hacia la vanguardia de las potencias industriales, pero ha ido acompañado de un cambio acusado de intereses, en el sentido de alejarse del Asia y acercarse a la América Latina, Australasia, Africa, el Oriente Medio, Europa y, sobre todo, de un alto grado de dependencia comercial y financiera de los Estados Unidos. Esta dependencia es indirecta no menos que directa—la política exterior de los Estados Unidos ofrece un estímulo adicional a la economía japonesa a través de la guerra del Vietnam (con sus gastos relacionados con ella en países como la

Corea del Sur, Thailandia y Hong-Kong)—, así como claros peligros. La necesidad japonesa de exportar es tan vital como siempre y el acceso a los mercados y el capital de los Estados Unidos es esencial si un crecimiento rápido ha de continuar. Se dice a menudo que una recesión norteamericana afectaría a muchos países, pero el proteccionismo norteamericano afectaría de una manera especialmente dura al Japón, aunque solo fuese por ser el mercado norteamericano el que más de lleno ha sentido el impacto de la expansión de las exportaciones japonesas. Un estancamiento reciente en los Estados Unidos ha producido un gran aumento en los proyectos de ley proteccionistas presentados al Congreso y ha reducido también de manera alarmante el ritmo de expansión de las exportaciones japonesas.

No deja de ser una ironía que el rápido crecimiento de la producción y las exportaciones del Japón dependa en tan alto grado de la invasión del mercado norteamericano. La política interna se ha ajustado en lo económico al desarrollo y mejora de la estructura industrial con miras a establecer una mayor competencia en esos mercados donde el Japón se enfrenta con la tecnología avanzada del Occidente o una competencia creciente en artículos de consumo de los países atrasados de Asia.

La intención declarada del Japón es seguir una política exterior centrada en las Naciones Unidas, pero mientras su crecimiento económico dependa tanto de la política interna y externa, de los Estados Unidos, y esto aparece como altamente probable en la próxima década, no sería realista esperar que adoptase iniciativa alguna que pudiera antagonizarle con los Estados Unidos. Esta conclusión depende, sin embargo, de la continuada expansión de la economía mundial, particularmente en lo relacionado al comercio internacional.

J. M.

## COMMONWEALTH JOURNAL

Londres

Vol. XI, núm. 1, febrero 1968

SIR ROY WELENSKY: «*Rodesia Firmly Believes it is Winning this Battle*» (Rhodesia cree firmemente que está ganando esta batalla), páginas 9-14.

No comparto la opinión de que las recientes incursiones terroristas en Rhodesia se han debido enteramente al hecho de haber adoptado la independencia. Creo que el terrorismo en Africa va a hacernos compañía durante mucho tiempo. Tengo una razón sencilla para pensar así: los portugueses han venido luchando en una serie de acciones en sus colonias o en partes de Africa de su propiedad durante casi seis años; Sudáfrica también está sujeta a ataques terroristas. Creo que el terrorismo ataca, en efecto, a los regímenes que existen al Sur del Zambesi.

Rhodesia ha sufrido los primeros ataques serios en los últimos tres o cuatro meses. Es de interés tomar nota de algunos datos que se nos ha permitido conocer. Parece que unos 200 terroristas entraron en el país. El Gobierno pudo dar cuenta de treinta muertos; otros treinta fueron capturados y doce o quince penetraron en Botswana y fueron detenidos por el Gobierno de ese país. Las pérdidas de Rhodesia fueron, sin embargo, bastante graves a mi manera de pensar: siete muertos y catorce heridos. Por vez primera, entraron en Rhodesia africanos en misión terrorista; estaban bien entrenados y en posesión de la decisión de morir y la decisión de luchar. Algunas gentes llegaron sin más a la conclusión de que eran patriotas que volvían para la liberación de su país. Esto no es verdad. La gran mayoría de los terroristas no son rhodesianos; sólo un puñado de africanos de Rhodesia están implicados en el movimiento. Creo personalmente

que la inmensa mayoría vinieron de Sudáfrica y son miembros del Congreso Nacional Africano.

Creo que se trata de una fase más en una batalla mucho mayor. He tenido noticia, al igual que otros, de las armas que llegan desde hace cuatro o cinco años y que los Gobiernos africanos no han estado en condiciones de pagar. Recuerdo una ocasión, cuando era primer ministro federal, en que vi un informe que ofrecía las mayores garantías sobre la llegada a un puerto oriental de unas 240 toneladas de armas y municiones. Creo que era un regalo de los comunistas, tanto rusos como chinos.

Los rhodesianos, como los sudafricanos y los portugueses, harán frente al terrorismo hasta el fin. No contemplo a los terroristas como patriotas, sino como criminales que forman parte de un intento organizado por impedir en Africa central el desarrollo evolutivo. Estas gentes quieren la revolución al precio que sea y siento decir que los movimientos nacionalistas son, en parte, utilizados por estas gentes que no quieren ver las razas viviendo al lado y desarrollando una política multirracial.

J. M.

## COMMONWEALTH JOURNAL

Londres

Vol. XI, núm. 2, abril 1968

DR L. BATEMAN: *Natural Rubber in Times of Change* (El caucho natural en tiempos de cambio), págs. 67-73.

El «*Hevea brasiliensis*», fuente del caucho natural, es uno de los supremos colonizadores de todos los tiempos. Desconocido más allá de la América del Sur y Central hasta hace unos noventa años, unos 3.000 millones de árboles cubren ahora alrededor de seis millones de hectáreas del Sudeste de Africa y producen más de dos millones de toneladas de una cosecha va-

lorada incluso a los precios deprimidos de hoy en casi 250 millones de libras esterlinas. Esto representa el 92 por 100 de las disponibilidades mundiales, de lo que corresponde a Malasia el 44 por 100 (alrededor del millón de toneladas). Después viene Indonesia, con el 30 por 100; Tailandia, con el 9, y Ceilán, con el 6 por 100. El resto corresponde a países africanos y al Brasil.

La industria del caucho natural es muy grande y está creciendo. La producción anual ha subido en más de medio millón de toneladas en los últimos diez años. Mucho más han subido la demanda de caucho en general, en más de tres millones de toneladas en los últimos diez años.

No es cosa de entrar en detalles sobre los méritos técnicos del caucho natural frente a sus rivales sintéticos, pero me gustaría que se diese de lado a la idea de que se trata de un material anticuado. Hay cauchos sintéticos para fines especiales para los que el caucho natural es muy inadecuado; hay otros productos sintéticos utilizados en volumen mucho mayor que llenan una función satisfactoria a un costo inferior al natural. Pero para el mejor rendimiento en las más duras aplicaciones tradicionales, tales como neumáticos, correas, monturas y amortiguadores, el caucho natural sigue ocupando el primer lugar. Todos los aviones siguen siendo provistos de neumáticos de caucho natural, y entre ellos se encontrará al «Concorde». Indicación también de su superioridad son los arduos esfuerzos que se hacen por la comercialización de un duplicado sintético exacto, el «Polyisoprene».

Los progresos de la industria del caucho natural en Malasia son llamativos. Entre 1957, cuando alcanzó la independencia, y 1967, la superficie cultivada ha pasado de 3,7 a 4,4 millones de acres (el acre tiene poco más de 40 áreas), el rendimiento por acre ha pasado de 530 a 900 libras y la producción total de 635.000 a 985.000 toneladas. El precio medio ha bajado durante estos diez años de 89 a 53 centavos de Malasia la libra de caucho natural. Al caucho natural se de-

dica el 67 por 100 de toda la superficie cultivada y este artículo representa actualmente el 42 por 100 de las exportaciones y el 20 por 100 de la renta nacional bruta.

J. M.

## THE WORLD TODAY

Londres

Vol. 24, núm. 1, enero 1968

PAUL SEMONIN: *Mobutu and the Congolese* (Mobutu y los congolese), págs. 20-29.

Jean Schramme ha sido echado de Bukavu. Su derrota pone fin, acaso definitivamente, a la «secesión» de Katanga al cabo de siete años abortivos. Con Tshombe languideciendo en una cárcel argelina, el Congo entra en una fase nueva de su lucha por una soberanía efectiva.

La derrota de Schramme demuestra una vez más la notable consolidación del Poder y la cristalización de nuevas fuerzas sociales que se ha producido bajo la tutela de Mobutu. Ha hecho demostración de destreza en el manejo de las facciones políticas, los diplomáticos extranjeros, los directores de corporaciones y los mercenarios en la vida política congolese.

La ironía del Gobierno de Tshombe y de su derrota de la rebelión de los «simba» ha sido la futilidad y los costos desordenados de su solución de los problemas del Congo. Una vez que la amenaza de la rebelión dejó de pesar sobre el país, Tshombe se convirtió simplemente en uno de los miles de políticos provincianos entregados a las disputas en el Parlamento y las extravagancias personales iban desangrando al Congo lentamente hasta llevarlo a la muerte. El régimen de Tshombe en el año que siguió a la rebelión hizo subir los gastos del Gobierno en un 53,6 por 100 y resultó en el déficit abrumador de 22.300 millones de francos, en comparación con 3.900 millones

en 1964 y 13.900 millones de francos en 1963.

El golpe de Mobutu, condenado prematuramente por los críticos como «pro americano» o «dictatorial», según el campo político en que se les encontrase, ha resultado en la emergencia de ciertos grupos nuevos inconfundibles y en una alineación nueva y significativa de las viejas fuerzas políticas, que ha sido responsable de la orientación neolumumbista de su Gobierno.

Mientras la consigna del Gobierno ha sido la «independencia económica», los funcionarios han informado repetidamente a los visitantes extranjeros que los congolese han optado por el sistema de «la libre empresa».

Uno de los cambios clave, desde el punto de vista de la seguridad, ha sido la unificación de la política de seguridad militar y civil bajo el coronel Alexandre Singa. El jefe anterior de la seguridad civil, Victor Nendaka, había establecido una policía de seguridad civil como una fuerza autónoma responsable directamente del primer ministro. La sección de seguridad del Ejército, la *Prevote Militaire*, fue organizada separadamente bajo el mando de Mobutu.

TREVOR PARFITT: *The EEC's Common Policy: the Longer Marathon* (La política agrícola común de la C. E. E. el más largo *marathon*), págs. 36-42.

El récord puede no ser particularmente duradero, pero del 25 al 27 de octubre del año pasado los ministros de Agricultura de la C. E. E. soporaron el más largo *marathon* hasta ahora y finalmente llegaron a un acuerdo sobre precios comunes para 1968.

Además de cualesquiera enemistades regionales existe la impresión general de que la política agrícola común no hace lo que se suponía que habría de hacer por la agricultura francesa. Hace unos pocos años se decía a los campesinos franceses que el Mercado Común sería su gran oportunidad: se presentaba a Francia como un país

superproductor que abastecería a otros miembros de la Comunidad. El aspecto más inmediato de esto estaba en los cereales, pero en los cuatro años transcurridos desde que entraron en vigor las primeras regulaciones sobre los cereales la producción de trigo y cebada ha subido en todos los países de la C. E. E. menos Italia. Francia puede cubrir las necesidades de todos los cinco países en trigo, pero el porcentaje de sus exportaciones a estos cinco ha caído verticalmente de un 40 por 100 a principios de esta década a un 15 por 100 en 1966. La caída en las ventas a Alemania ha sido espectacular, al pasar de un 43 por 100 de sus necesidades en 1959 a un 20 por 100 en 1962 y a un mezquino 7 por 100 en 1966. Francia ha triplicado sus exportaciones de cebada (de 600.000 toneladas en 1960 a 1.800.000 en 1966); pero el porcentaje comprado por los miembros de la C. E. E. no ha subido proporcionalmente. Ha sido de un 55 por 100 en 1960, un 42 por 100 en 1965 y un 60 por 100 en 1966.

Los cinco doblaron sus importaciones de maíz entre 1959 y 1966, pero Francia jamás ha cubierto más de un 10 por 100 de estas necesidades y es un motivo de resentimiento que Italia haya comprado en los Estados Unidos maíz que pudo haberle sido vendido por Francia.

Se reconoce que Francia no ha hecho todo lo posible por sacar provecho de sus ventajas naturales—Francia cuenta con más de la mitad de la tierra de cultivo de la C. E. E. en total y con mucho la mayor granja por término medio, aunque no pase de unas 15 hectáreas (alrededor de la mitad de la granja media británica). El rendimiento por hectárea en Alemania es particularmente más alto que en Francia y esto se debe, sin duda, a un proceso de mecanización mucho más rápido, así como a un mayor uso de fertilizantes. Los rendimientos por vaca son mucho más bajos en Francia que en Holanda, Bélgica o Alemania. El lento ritmo del progreso técnico se achaca, al menos en parte, a la política interna de Francia.

Vol. 24, núm. 2, febrero 1968

WOLF MENDEL: *Perspectives of Contemporary French Defense Policy* (Perspectivas de la política defensiva francesa), págs. 50-58.

Para atender a las necesidades de la planificación defensiva para el futuro, la política francesa ha sido proyectada en dos planes de cinco años desde 1960. Las fuerzas armadas francesas han sido organizadas en tres estamentos: la «Force Nucléaire Stratégique» (F. N. S.), las «Forces d'Intervention»—con mucho tacto bautizadas como «Forces de Manoeuvre» en 1964—y la «Défense Opérationnelle du Territoire» (D. O. T.). Parecía evidente desde el principio que la fuerza nuclear de ataque sería la pieza central de la defensa francesa.

De acuerdo con la línea de razonamiento de Francia, las dos superpotencias han alcanzado un estado de equilibrio. Evitarán, por tanto, cualquier confrontación directa que fuese a desembocar en el uso de sus armas estratégicas. Es más, es probable que sólo recurran a ellas en defensa de sus intereses «vitales». Por tanto, no se puede depender de ellas para la defensa de sus aliados, que tiene sólo un interés marginal en comparación con la seguridad del territorio nacional. La doctrina norteamericana de la respuesta flexible y la presencia de fuerzas tácticas nucleares norteamericanas en tierras de Europa indican que si el conflicto nuclear es inevitable será limitado al teatro europeo y de esta manera las tierras de Rusia y los Estados Unidos se verán libres de la devastación atómica. A este temor, una batalla nuclear a costa de los europeos, se ha de añadir la vieja preocupación francesa con la estrategia periférica anglosajona, evidencia de lo cual se advierte en la «Operation Big Lift» y en el interés norteamericano en España como base para operaciones europeas.

Es necesario para esos países que aspiran a ser amos de su destino estar en posesión de una fuerza nuclear de

ataque que, al amenazar con infligir un daño inaceptable a un agresor en potencia, asegure su propia inmunidad ante el chantaje o el ataque. Al darse cuenta de que un pequeño «deterrent» nuclear nacional pudiera parecer faltar de credibilidad para un gigante nuclear, concretamente en el caso de desarrollar un sistema de defensa anti-proyectiles adecuado, los franceses han vuelto de nuevo la atención hacia el argumento de que su fuerza nuclear está diseñada realmente para servir de espoleta. Sostiene que aunque no se puede depender de los norteamericanos para intervenir en la defensa de la Europa occidental contra la presión rusa, la amenaza de una respuesta nuclear francesa a cualquier ataque forzaría la intervención de los Estados Unidos. Es este elemento de incertidumbre en las relaciones entre las superpotencias lo que ofrece a una potencia media su propia libertad de maniobra.

MALCOLM BEAS: *Guerrillas in Latin America: A Perspective* (Guerrilleros en la América Latina: una perspectiva), págs. 72-78.

La presencia de los dos principales teóricos («Che» Guevara y Régis Debray) concentró la atención en el episodio guerrillero boliviano del año pasado. La conclusión más generalizada ha sido bastante sencilla: que la táctica guerrillera no dará resultado. Pero la operación boliviana no ha sido típica. En comparación con la actividad guerrillera del Perú, Guatemala, Colombia y Venezuela, parece más deliberada, menos improvisada, más extranjera en composición e inspiración, menos conectada con cualquier descontento existente. De estos otros movimientos, sólo el peruano ha sufrido una derrota tan clara y rápida. De Colombia, Venezuela y Guatemala se podrían sacar conclusiones acerca de los méritos y defectos de la teoría, los efectos y eficacia de la actividad guerrillera, que no emergen con claridad del fracaso boliviano.

Ningún revolucionario puede negar la necesidad de la lucha armada en la América latina: si no hay lucha guerrillera, entonces no hay vanguardia revolucionaria en parte alguna, y la revolución continua «en el ghetto» de la política urbana. Los programas revolucionarios, si no van a ser bloqueados, han de ser desviados de la política. Esta pureza puede ser dominada y alcanzada únicamente por una banda de guerrilleros, y de ello se desprende que políticamente no menos que militarmente ha de ser su propio amo. Sólo en el monte se pueden unir la teoría marxista y la práctica revolucionaria: el camino que lleva al explotado al Poder ha de pasar por el interior del país. La acción guerrillera es la forma fundamental de la revolución latinoamericana. Quizá cuando varios países son tomados de esta manera los demás harán explosión a causa de la tensión de sus propias contradicciones expuestas en manera un tanto diferente, pero esto no altera la importancia fundamental de la acción guerrillera, que primero arranca la máscara de la cara de la dictadura de las clases reaccionarias, que es el «pequeño motor» que pone en marcha el «motor más grande» de la disolución revolucionaria.

Se advertirá que las consideraciones militares aparecen aquí muy subordinadas a las políticas. Ni los escritos de Guevara ni los de Debray poseen el realismo militar de Mao Tse-tung, quien escribió que «cuando hay ingenuidad en la cuestión del poder militar nada absolutamente se puede alcanzar». Una apariencia de realismo militar suele dar en una cantidad de detalles intoxicantes, pero nada significativos.

J. M.

## THE WORLD TODAY

Londres

Vol. 24, núm. 3, marzo 1968

W. A. C. ADIE: *China's Foreign Policy. I. The Third World* (La política exterior de China. I. El tercer mundo), págs. 111-120.

En el espejo de China, las grandes potencias no tienen importancia, pues es el débil el que heredará la tierra: siempre que no sea humilde o manso, sino audazmente revolucionario.

En 1965, el fracaso de las fuerzas del Frente de Liberación Nacional en el Vietnam del Sur, al no alcanzar la victoria decisiva que se esperaba, y la escalada de la potencia en tropas de los Estados Unidos pareció haber dislocado el programa de operaciones de China para el Tercer Mundo. Esto coincidió con el golpe contra Ben Bella en Argelia y el golpe en Indonesia que acabó diezmando al Partido Comunista allí y en el eclipse de Sukarno. Mientras tanto, la conferencia del «segundo Bandung», que se iba a celebrar en Argel, fue aplazada y después abandonada; en declaraciones chinas se había advertido claramente que a menos que se formase un frente unido eficaz «contra la agresión de los Estados Unidos en el Vietnam» no había por qué celebrarla. A principios del año siguiente Nkrumah cayó también cuando estaba de viaje hacia Pekín. La República Centrafricana se desvaneció de las filas pro Pekín, junto con Dahomey y Burundi. Todos estos trastornos en el Tercer Mundo coincidieron con la tremenda dislocación dentro de China.

En la situación actual del mundo, Pekín hace mucho mayor hincapié que antes en un Frente Unido «por debajo», o sea, en la lucha guerrillera de las «masas». La propaganda china hace descripciones de las guerras de guerrilla que estallan en la Bengala occidental, en Tailandia, las

Filipinas, Palestina, Birmania y también en todo el mundo, y estas guerras son siempre esencialmente anti-norteamericanas, aun cuando todavía no siempre se vean implicadas directamente en ellas fuerzas norteamericanas. En el fondo de esto está la noción de que a medida que se producen más «guerras del Vietnam» en todo el mundo, las fuerzas de intervención norteamericanas habrán de acudir antes o después para sofocarlas y así la fuerza de los Estados Unidos se irá disipando, como sucedió con las fuerzas del Japón en China; por lo que se haga o no un ataque final contra la propia China, el imperialismo se vendrá abajo, incapaz de soportar el peso de sus propias contradicciones: notablemente el problema de las razas en las ciudades de los Estados Unidos. Lin Piao dijo en su artículo de septiembre de 1965 que «el sacrificio de un pequeño número de gentes en las guerras revolucionarias se encuentra como pago con la seguridad de naciones enteras, países enteros y hasta la humanidad entera... la guerra puede templar a la gente y empujar la historia hacia adelante. En este sentido, la guerra es una gran escuela». Este tema del sacrificio aparece repetido con frecuencia en la propaganda china, que deja bien claro que la guerra en el Vietnam y otras guerras similares han de continuar hasta la esperada derrota total del imperialismo. Desde el punto de vista chino, por supuesto, la mayoría de las demás naciones del mundo son en realidad «pueblos minoritarios».

PHILIP WINDSOR: *N.A.T.O. Confronts Its Future* (La O. T. A. N. ante su propio futuro), págs. 121-126.

El comandante del Grupo Militar septentrional de la O. T. A. N., general sir John Hackett, despertó un interés apasionado con la carta al director de «The Times», en la que insistió que la O. T. A. N. seguirá necesitando todas las fuerzas de que dispone. La estabilización militar es

un proceso sostenido y no podrá, una vez que ha sido logrado, considerarse como algo de lo que nadie se ha de preocupar ya. El hecho de haberse alcanzado semejante estabilidad en Europa no es argumento alguno en favor de la reducción de la fuerza militar de la O. T. A. N.; ha de ser un argumento en favor de su mantenimiento. Tal ha sido el argumento del general Hackett y ha sido especialmente notable que en las cartas que a continuación empezaron a llover, casi todo el mundo estaba de acuerdo con él. Es evidente que, en Inglaterra por lo menos, este punto de vista alcanza amplio apoyo y en muchos aspectos forma parte de la ortodoxia de la O. T. A. N.

Lo que es igualmente notable es que depende de una serie de suposiciones sobre la fuerza de la O. T. A. N., tanto en poder de fuego como en potencia aérea cosas que han sido repetidamente desautorizadas por el secretario de Defensa de los Estados Unidos. En su opinión, la O. T. A. N. es superior al Pacto de Varsovia en estos puntos esenciales y nada tiene de qué quejarse tampoco en lo concerniente al potencial humano.

Es también notable que el estudio de Harmel, un ejercicio en el cual se suponía que la O. T. A. N. habría de llevar a cabo un examen de conciencia prolongado ha significado muy poco en lo relacionado con el debate en torno del grado y propósito de la preparación militar de la Alianza. La recomendación principal de este estudio es que, ante todo, la Alianza debería ser destinada a fomentar la «détente»: todos los Estados miembros continuarán trabajando para mejorar las relaciones con la Unión Soviética y los países de la Europa oriental, pero sus esfuerzos deberán, en la medida de lo posible, ser coordinados, sus relaciones con el Este conducidas sobre una base paralela y hasta multilateral. No se les debería permitir la «cesión de la Alianza», ni sería posible tomar en consideración un arreglo político sin que en él estuviesen a la vez implicados los Estados Unidos y la Unión Soviética. En segundo lugar,

todos deberían trabajar por la reunificación de Alemania, en lo que los cuatro países más directamente relacionados tienen responsabilidades especiales. Pero no mucho es lo que se ha de esperar en Europa pronto: aquí el lenguaje del comunicado degenera hasta alcanzar prácticamente el punto de perder todo posible sentido, al tener buenas palabras sólo para «la activa y constante preparación para el tiempo en que sea posible una discusión fructífera de estas cuestiones complejas». De la misma manera, la tercera recomendación declara que los aliados deberían tomar en consideración medidas para el control de las armas, tales como «reducción de fuerzas equilibradas», pero la «situación de inestabilidad y de incertidumbre» ofrece pocas posibilidades de que todo esto pudiese llegar pronto.

Vol. 24, núm. 4, abril 1968

MALCOLM MACKINTOSH: *Soviet Foreign Policy* (Política exterior soviética), págs. 145-150.

Las zonas de actividad (no necesariamente en el orden de su prioridad permanente) de la política exterior soviética son:

*Relaciones con los Estados Unidos.* Históricamente ha habido siempre un impulso ruso a establecer términos bipolares con la potencia más fuerte del mundo: los zares con Napoleón, Stalin con la Alemania de Hitler. Hoy, unas relaciones así con los Estados Unidos ayudan a evitar un choque militar mediante un error de cálculo; aseguran la aceptación del «status» de superpotencia de la Unión Soviética y plantea la posibilidad de tratos de gran potencia y de una acción conjunta para el control de crisis no deseadas.

*Europa.*—Los requisitos básicos de la U. R. S. S. en la esfera europea consisten en retener la preponderancia militar en la Europa oriental para tener a cubierto militarmente a la Rusia europea y partir en dos el potencial humano disponible en Alemania,

es decir, mantener la existencia continuada de la Alemania Oriental. Necesita el Pacto de Varsovia como el instrumento para llevar a cabo estas tareas. Está hoy mejor armado y mejor dirigido que nunca.

*Oriente Medio.*—La U. R. S. S. cometió un grave error de cálculo el pasado verano. Parecen existir dos teorías principales sobre por qué facilitó información falsa a los árabes en mayo de 1967: para aumentar la tensión bajo control soviético, con miras a hacer una demostración del poder militar árabe, sin llegar a la guerra misma, pero redundando en crédito de la U. R. S. S. como protector de los árabes, o para ejercer presión sobre los sirios ingobernables al asustarlos, con la ayuda de Egipto, y forzarles a tener más en cuenta el consejo soviético.

*Vietnam.*—El problema básico del Vietnam para la Unión Soviética es el hecho de que los Estados Unidos están en guerra con un miembro establecido del campo comunista. La U. R. S. S. ve el desarrollo de la guerra con sentimientos contradictorios. Por un lado, concentra la atención y recursos de los Estados Unidos en una región muy alejada de sus fronteras; por el otro, la guerra, en cualquier parte del mundo en que se ve afectada una superpotencia podría desembocar en la escalada, las fuerzas norteamericanas se convierten en las más experimentadas del mundo y la ayuda soviética a la defensa aérea del Vietnam del Norte está lejos de alcanzar una eficacia del 100 por 100.

*China.*—Los actuales dirigentes soviéticos están decididos a llegar a la confrontación con China en todas las cuestiones importante, pero sin poner en peligro su ayuda al Vietnam del Norte. Estas cuestiones son, ante todo, territoriales.

*Tercer mundo.*—Regiones como la América Latina y África ocupan posiciones secundarias en cuanto a las consideraciones en torno a la política exterior soviética, en parte a causa de la distancia y poca familiaridad con lo que sucede; en parte debido a experiencias desventuradas (en Cuba,

con la crisis de 1962, en los disturbios del Congo, la caída de Nkrumah, y así sucesivamente). Los rusos harán lo que puedan por mantener a Castro a flote, pero no comprometerán su poder estatal en el apoyo de su política latinoamericana de guerra de guerrillas.

PATRICIA HAIGH: *Reflections on the Warsaw Pact* (Reflexiones sobre el Pacto de Varsovia), págs. 166-172.

En gran parte, el problema de la Unión Soviética en sus relaciones con sus aliados de la Europa oriental se vio clarificado por el abandono de la delegación rumana de la conferencia de Budapest, hecho que fue seguido de cerca por la reunión en Sofía de la Comisión Política Consultiva del Pacto de Varsovia. La cuestión está en si los regímenes comunistas de la Europa oriental han de someterse a las directrices de Moscú o si se les ha de permitir seguir adelante con su propia política nacional y exterior.

A la muerte de Stalin no siguió cambio alguno en la estructura del poder existente dentro del bloque soviético, pero sí introdujo los comienzos de un relajamiento de ciertas tensiones económicas, al tomar en consideración las variaciones regionales. Las consecuencias políticas serias eran inevitables. El Pacto de Varsovia es el compromiso entre el bilateralismo y la federación y se convirtió en el epítome de la nueva política.

Pero probablemente el prevaleciente estado de cosas internacional decidió finalmente la forma de acuerdo multilateral, que ha tenido dos aspectos principales. Primero, los estadistas rusos en oposición a los específicamente soviéticos, han estado preocupados constantemente con el problema de un poderoso Estado centroeuropeo y la defensa de la frontera occidental rusa. El Pacto de Varsovia podría estar ligado a la política estratégica de la Unión Soviética, con lo que tendría realidad el concepto de los Estados marca contra una Alemania renacida. Así, la perspectiva del

rearme de la Alemania Occidental fue la señal inmediata de la firma del Pacto de Varsovia.

La política de la desestalinización después de las revelaciones de Jruschev en febrero de 1956 eliminó las premisas políticas en que se apoyaban los dirigentes satélites para brindar a las alternativas de una política nacional la perspectiva de alcanzar el apoyo necesario.

El resultado de las revelaciones de 1956 fue la evidente desilusión soviética con el multilateralismo como política y un retorno gradual hacia el bilateralismo. Esto quedó demostrado por los acuerdos sobre tropas firmados con los países satélites en los meses siguientes.

A comienzos de los años 60, la unidad del bloque, con la excepción de Albania, parecía haber quedado salvaguardada y se buscó un retorno gradual al multilateralismo. Pero Jruschev llevó las cosas demasiado lejos en relación con las regiones subdesarrolladas del bloque al proponer una integración económica más radical y en marzo de 1963 Rumanía rechazó las demandas que se le hicieron de una manera absoluta.

La solución militar parecía estar amenazada desde el principio por la independencia creciente de Rumanía. Había desafiado a la Unión Soviética económicamente, y en abril de 1964, una «declaración» publicada por el Partido de Trabajadores Rumano presentó un similar reto ideológico. Pero desde enero de 1965, cuando la solución militar alcanzó prioridad, no se produjo ni el reto ni la repudiación del Pacto de Varsovia por los Gobiernos de la Europa oriental.

Vol. 24, núm. 5, mayo 1968

*Notes of the Month* (Notas del mes), págs. 173-178.

La perspectiva de negociaciones sobre la guerra del Vietnam ha despertado un inmenso optimismo sobre la posibilidad de que el Gobierno de los

Estados Unidos halle alguna manera de escaparse de los dilemas en que se ha metido en los últimos tres años.

La busca, por parte de los Estados Unidos, de objetivos en la mesa de la conferencia está complicada por otros problemas, ninguno de los cuales ha sido sorteado. En primer lugar está el compromiso formal, compartido por ambas partes, de los acuerdos de Ginebra de 1954. En ellos se incluye la promesa de elecciones en todo el Vietnam y no hay indicación alguna de que se lleguen a celebrar.

En segundo lugar, los Estados Unidos ven limitada su capacidad de negociación por su insistencia continuada en que la guerra es fundamentalmente de agresión por parte del Vietnam del Norte, no de guerra civil en el Vietnam del Sur. Cualquiera que sea la verdad de la cuestión, esto ha limitado su capacidad de aislamiento de Hanoi de las fuerzas del F.L.N. (Frente de Liberación Nacional) del Vietnam del Sur y hace palidecer más aún las perspectivas de éxito para la formación de un gobierno de coalición independiente del Vietnam del Norte. A la vez que agiganta la sensación de fracaso norteamericano y aumenta las ganancias políticas que los Estados Unidos han de sacar de las negociaciones.

En tercer lugar el Gobierno de los Estados Unidos se encuentra limitado por las demandas específicas que le han sido hechas por esos países que prestan ayuda al lado aliado y—al menos en privado—por varios de los vecinos del Vietnam. Esto quedó bien claro en la conferencia de los aliados del Vietnam a principios de abril (de 1967) y en la reunión del presidente Johnson y el presidente Park, de la Corea del Sur. Con la política norteamericana prácticamente en ruinas en el propio Vietnam, el impacto de las negociaciones en el resto de las naciones locales adquiere una importancia incluso mayor. Precisamente, ¿qué es lo poco que los Estados Unidos pueden aceptar en la mesa de la conferencia sin estimular a otras naciones del Sudeste asiático a que acepten, en términos políticos, por lo me-

nos, que algo hay en verdad sobre la teoría de las fichas de dominó y lleguen a la conclusión de establecer nuevas relaciones con China? El alcance de la presencia de China y la importancia del «compromiso» han sido exagerados en gran parte para dar ánimo a los aliados y producir desaliento entre los norvietnamitas, pero la eficacia de esta táctica ha dependido siempre de alguna forma de victoria de los Estados Unidos.

Quedan otros problemas, por supuesto, tales como el peligro de una forma de «aislamiento» norteamericano si no se consigue llegar al salvamento de algo tangible. Y quedan los problemas políticos de las actitudes en los Estados Unidos hacia los procesos y las oportunidades de las negociaciones. No hay indicios, con todo, de que el debate en el futuro resulte más aleccionador o relacionado con las cuestiones específicas de la guerra y la paz que lo ha sido en el pasado; y existe la fuerte posibilidad de la desilusión en los Estados Unidos si el sentido inicial de la euforia no lleva rápidamente a la paz.

GEOFFREY WHEELER: *Soviet Interests in Iran, Iraq, and Turkey* (Intereses soviéticos en el Irán, Iraq y Turquía), págs. 197-203.

Cualquiera que haya estudiado de cerca el pensamiento político soviético en relación con el Tercer Mundo de países subdesarrollados sabe que el dilema que ha atormentado ese pensamiento casi desde el principio—y en particular desde el XX Congreso del Partido, en 1956—es cómo armonizar los intereses nacionales de Rusia con la doctrina comunista establecida y si el interés soviético como un todo se sirve mejor mediante el desarrollo de partidos comunistas locales o con el apoyo a partidos y regímenes nacionalistas, anti-imperialistas, pero no comunistas. Ha habido mucha vacilación en cuanto a esto desde la Revolución. Lenin fue partidario del plan de apoyo al «nacionalismo burgués», incluso en el caso de llegar al colapso de los

movimientos comunistas locales. Sostenía que el nacionalismo provocaría una retirada forzada del imperialismo y, de esta manera, la caída eventual del capitalismo.

Después de la muerte de Stalin, Jruschev pareció volver a la teoría de Lenin. Se esforzó por crear una imagen nueva de la Unión Soviética como un apoyo moral y material, fuerte pero benévolo, de las nuevas naciones independientes contra el Occidente imperialista. Creía que el Tercer Mundo, incluido el Oriente Medio, formaría una alianza firme con el bloque comunista y que esta alianza aislaría al «bloque imperialista» y lo privaría de mercados y de materias primas baratas.

Con algunas alteraciones de menor importancia, esta política ha estado de actualidad desde entonces y no se ha visto seriamente afectada por la caída de Jruschev. Ha resultado ciertamente en una gran mejoría de la imagen de la Unión Soviética proyectada hacia el Oriente Medio y otras partes. Aunque son muchas las dudas sobre si, en realidad, ha producido los dividendos sustanciales que de ella se esperaban.

Muchas gentes en el Occidente supusieron que si el golpe de Estado en el Iraq, en julio de 1958, no fue de hecho preparado por la Unión Soviética, habría de ser siempre ventajoso para ella.

En el pasado ha abundado la evidencia del deseo soviético de fomentar el malestar en el Oriente Medio, sobre todo en el Irán. Hay gentes que aún creen que ésta es la esencia de la política soviética, pero desde 1947 los esfuerzos soviéticos han sido dirigidos principalmente hacia el desarrollo de relaciones normales con los países individuales, no importa lo «burguesemente nacionalistas» que sus Gobiernos pudiesen ser. Esta es, sin duda, la tendencia principal de la política soviética hacia Turquía, el Irán y el Iraq desde 1959.

El Gobierno soviético tiene buenos motivos para sentirse satisfecho con la mejoría de sus relaciones con Tur-

quía y el Irán en los últimos cinco o seis años.

J. M.

## INDIA QUARTERLY

Nueva Delhi

Vol. XXIII, núm. 3, julio sepbre. 1967

N. M. KHLNANI: *Latin American Nationalism* (Nacionalismo Latinoamericano), págs. 225-235.

Los Estados latinoamericanos han terminado su organización estatal, pero no la organización nacional, y para su autogobierno habían sido preparados inadecuadamente por las potencias coloniales. Las masas son muy pobres y el nivel de instrucción es el más bajo del continente americano. El nacionalismo de la América latina durante el siglo precedente, fue de origen europeo occidental. Ha comenzado ya el proceso de integración económica. La firma del Tratado general de Integración Económica Centroamericana en 1960, y el establecimiento de la Organización de Estados Centroamericanos fue seguida por la creación de un Consejo de Trabajo Centroamericano para coordinar las políticas laborales y sociales. Los Estados sudamericanos están tratando de establecer un Area de Libre Comercio Latinoamericana. La revolución mejicana de 1910 marcó el fin de una era en la historia socio-económica de Latinoamérica. Fue la primera revolución social que proyectó la secularización del nacionalismo y la reestructuración agraria, así como la emancipación del sistema educativo de las influencias clericales, reduciendo la influencia de los financieros e industriales extranjeros en Méjico. En el Brasil, Vargas inició reformas económicas y sociales, disminuyendo los derechos de los Estados. En la Argentina, Juan Perón hizo relevantes contribuciones al desarrollo del aspecto económico del nacionalismo. La pri-

mera fue la formal «Declaración de Independencia Económica» en 1947. En Perú, Víctor Haya de la Torre declaró: «Para mí, América Latina es la Patria Grande de la cual cada uno de sus Estados componentes es una parte inseparable e interdependiente.» El Apra desea la integración emocional, política y económica de los indios, que constituyen el 46 por 100 de la población. La más explosiva erupción del nacionalismo en América Latina tuvo lugar en Cuba en 1959, adoptando la forma de reacción contra la dictadura de Batista y sus influencias económicas extranjeras. La revolución cubana ha dado nuevas energías al país y aumentado el fervor nacionalista en toda Latinoamérica, acelerando las reformas agrarias e industriales en otros Estados.

ANSU K. DATTA: *Left-Wing Movement in Sub-Saharan Africa* (Movimiento de ala izquierda en el África subsahariana), págs. 236-251.

Los movimientos izquierdistas africanos se basan en las siguientes características: 1) oposición al *statu quo*, tanto colonial como neo-colonial y tradicional; 2) apoyo para la construcción de un nuevo sistema social, igualitario y comunitario donde el Estado asuma la responsabilidad del bienestar individual; 3) deseo de una rápida transformación social; 4) esperanzas de movilizar la iniciativa popular para consecución de sus deseos; 5) participación de las masas en la tarea común a través de asociaciones separadas gremiales. En el África entre el Sahara y el Kalahari, hay pocas organizaciones y partidos que puedan considerarse como marxistas-leninistas. La historia de las actividades comunistas en esta parte del mundo es sorprendentemente corta. Hacia finales de 1943, pequeños grupos de intelectuales franceses y africanos formaron «grupos de estudios comunistas» que, con los organizadores comunistas enviados por el partido comunista francés, contribuyeron a la consolidación y formación de la Re-

agrupación Democrática Africana (RDA), que se fue separando de la línea comunista. En 1957, el único partido africano que se denominaba abiertamente comunista era el Partido Africano de la Independencia (PAI) del Senegal. En 1962, cuando el PAI fue declarado fuera de la ley, no quedó ningún partido comunista legal en el África tropical. Entre los factores peculiares a África que influyen en la extensión de los movimientos izquierdistas tenemos la falta de un moderno desarrollo económico. Una gran parte del continente está aún practicando la economía de subsistencia con un sistema caracterizado por la ausencia de la división del trabajo y un proletariado industrial y agrícola. Otro de los factores es la artificial división de las tribus, debido a la partición del continente entre potencias europeas, que no respetaron los lazos tribales. Así tenemos a los Bakongo, divididos entre las colonias portuguesas, belgas y francesas, y a los somalíes, divididos entre Kenya, Somalia italiana, Somaliland británico, Somalia francesa y Etiopía. Con el «viento de cambio» que sopla en África se fortalecen las demandas de las tribus divididas para su reunificación y esas peticiones son recogidas por las organizaciones izquierdistas.

J. C. A.

#### RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXXII, núm. 7, febrero 1968

G. P. - C. N.: *Migliore prospettive per il Mali* (Mejores perspectivas para el Malí), págs. 157-158.

Después de que en enero del corriente año, al quedar disuelto el parlamento del Malí todos los poderes se concentraron en el Comité Nacional para la Defensa de la Revolución (C. N. D. R.), presidido por el Jefe del Estado y del Gobierno, Modibo Keita,

el Malí ha quedado como ejemplo destacado de la evolución en Africa negra. La desaparición de los órganos representativos es un ejemplo típico de las situaciones de tensión y confusión que caracterizan la política actual en gran parte del Africa Occidental. La simplificación implícita en la absorción de todos los poderes por parte de un órgano limitado y homogéneo tiene el propósito de iniciar una «aclaración de los problemas más enrevesados». Lo mismo que en su vecina Guinea, el experimento revolucionario del Malí ha experimentado un reflujó. Lo más difícil era poder transformar una sociedad tribal en una sociedad socialista, sin fases intermedias. Entre las causas del fallo destaca la falta de un mínimo de infraestructuras modernas; la penuria de los cuadros técnicos competentes y la escasa variedad de los recursos económicos. En el caso del Malí obra, además, el hecho de que es un país interior, que ha quedado separado de sus desembocaduras marítimas.

En el curso del año 1967 se desarrollaron grandes presiones internas para considerar en sentido liberal todos los programas de desarrollo del país y una gran parte de los ministros, con otros dirigentes del partido único, R. D. A., querían fomentar los recursos de los capitales privados. El golpe de fuerza dado por Modibo Keita ha recogido todas las fuerzas que están decididas a proseguir, en lo interior, el impulso revolucionario; pero compensando esto con una mayor facilidad de las relaciones económicas libres en el exterior. Así, el C.N.D.R. se ha incorporado al jefe de las fuerzas armadas, teniente coronel Seku Traoré; a la vez que ha aumentado la representación de los jóvenes y de los obreros industriales. Pero para establecer una sólida base financiera se cuenta, sobre todo, con las posibilidades que ofrecen los acuerdos franco-malianos del 19 de diciembre de 1967. Los dos aspectos se completan en el acercamiento del Malí a los Estados francófonos «moderados», sobre todo a Mauritania y Senegal.

P. B. B.: *Il Pakistan di Ayub Khan* (El Pakistán de Ayub Jan), páginas 159-160.

El presidente de la república del Pakistán, mariscal Ayub Jan, ha escrito y publicado recientemente una autobiografía titulada *Friends not Masters*. La parte principal de este libro se dedica a explicar con todo detalle los hechos y los motivos que indujeron a Ayub Jan (cuando era comandante en el ejército) a desplazar a toda la clase de los políticos de su país y efectuar los cambios constitucionales que son la base del Pakistán actual. Después, la obra expone la filosofía política del autor, sobre todo en lo referente a la situación internacional.

El valor del libro de Ayub Jan es político más que histórico; sobre todo porque desde el primer momento destaca la sugestión de su título. Este se refiere a una teoría esencial de Ayub Jan que él ha expresado varias veces del modo siguiente: «Los pueblos de los países en vías de desarrollo buscan ayudas, pero sobre la base del mutuo respeto; quieren tener amigos y no amos.» Lo interesante no es tanto la frase como el hecho de que sirva de eje para la dirección de una de las mayores naciones del Tercer Mundo; sin embargo, el neutralismo de Ayub Jan tiene características completamente diferentes de las que presentó, por ejemplo, el neutralismo de Nehru. El gobernante indio se basaba en una serie de teorías generales, a las cuales quería subordinar las actitudes ante los hechos; pero Ayub Jan se ciñe a los hechos mismos y no trata de aislarse ni de alinearse. Incluso procura multiplicar sus propias amistades, manteniendo a la vez las mejores relaciones con China, Estados Unidos, la U.R.S.S. y los Estados musulmanes en general. Hasta el momento actual ese equilibrio ha venido siendo realizado con constante éxito.

El análisis de la línea diplomática pakistana demuestra que las relaciones internacionales del país siguen estando determinadas en primer lugar

por el problema de las relaciones con la India, pero mientras en Delhi subsiste la aspiración a recuperar el concepto unitario del semicontinente indostano considerado como entidad geográfico-física, el Pakistán trata de subrayar su especificidad cultural y política, que exalta y revaloriza los orígenes «centroasiáticos» de las normas y las gentes pakistanas; de un modo semejante a las normas y las gentes de Turquía, Irán, Afganistán y el Turquestán soviético. Esto viene a traducirse en un intenso reforzamiento del carácter islámico en la vida nacional pakistani.

Vol. XXXI, núm. 8, 24 febrero 1968

P. T.: *Un nuovo equilibrio nel Golfo Pérsico* (Un nuevo equilibrio en el Golfo Pérsico), págs. 182-183.

La decisión del Gobierno inglés de reducir los gastos militares para dar nuevas dimensiones a su papel mundial ha tenido la consecuencia de hacer fermentar un sector del Próximo Oriente que solía estar al margen de los intereses internacionales. El origen del cambio está en la declaración hecha en enero por el jefe del gobierno británico, Wilson, de que las tropas inglesas se habrán retirado totalmente del golfo en 1971. El Golfo Pérsico fue un sector de vital interés para el imperio británico, como vía de comunicación hacia sus posesiones de la India. Posteriormente, el descubrimiento y la explotación de los petróleos de aquel Oriente acrecentó los intereses ingleses, unidos a los de otros países de Europa Occidental que en gran parte dependen de los suministros de los petróleos árabes. Hasta ahora el elemento estabilizador inglés no sólo servía en el Golfo Pérsico a los intereses de las naciones industrializadas, sino que era utilizado por los jefecillos feudales locales para perpetuar unas estructuras sociales arcaicas que eran promovidas de las poblaciones.

Al chejato de Qatar, el sultanato de las islas de Bahrein, los territorios

minúsculos de la Costa de la Tregua, el sultanato de Omán y en cierto modo el chejato de Kuwait, componen el conjunto de los Estadillos árabes que en el sector del golfo venían actuando (más o menos) en la órbita británica. Dejando al margen a Kuwait, cuyos destinos oscilan entre los del Irán y los de Arabia Saudita, para el resto de los sectores arábigos del golfo el anuncio de la retirada inglesa ha dejado las puertas abiertas para toda serie de conjeturas que preocupan sobre el futuro político o de los pequeños principados. La existencia del petróleo y las perspectivas de nuevos descubrimientos, unidos al valor estratégico de la Costa de la Tregua, que controla el golfo entero, no prometen una solución fácil del problema de la sucesión que se planteará en 1971.

En estos momentos, la intensificada (y a la vez confusa) actividad diplomática que se desarrolla entre las capitales del Golfo Pérsico y las de otros Estados en torno (como Bagdad, Riad, Teherán, etc.) confirma la ausencia de puntos seguros de referencia y la inexistencia de un solo Estado local que pueda recibir en bloque la herencia de la actuación británica. Entre tanto destacan las actividades del Irán, donde se cree que el establecimiento de un poder árabe nacionalista en la «orilla de enfrente» puede ser una amenaza para la libertad de navegación de los buques persas que transportan sus petróleos. Por eso el Gobierno de Teherán ha decidido acondicionar para la navegación de altura el puerto antes casi inservible de Bandar Abbas, que domina el estrecho de Ormuz, sobre el mismo Estrecho. Los persas también pretenden apoderarse de Bahrein, hasta el punto de que en el Parlamento de Teherán hay dos escaños siempre vacíos, que se suponen reservados para cuando haya diputados del Bahrein. Por otra parte, el rey Faisal de Arabia ve en los principados del Golfo la continuación natural de su propio Estado y no está dispuesto a perder su enlace con ellos de ningún modo (incluso con Bahrein). Un factor de

equilibrio es el de la sensación que tienen el rey Faisal y el shah persa de la necesidad de apoyarse para contrabalancear la creciente influencia del socialismo árabe en toda la península de Arabia. Esto mismo explica el interés persa por el proyecto del pacto islámico que defiende y propaga el monarca saudita.

Vol. XXXII, núm. 2, marzo 1968

F. S.: *Pragmatismo nei rapporti italo-bulgari* (Pragmatismo en las relaciones italo-búlgaras), pág. 203.

Aunque Bulgaria sigue plenamente integrada en el campo comunista, sus planes económicos para 1968 preven un sensible aumento del comercio con el exterior, a pesar de que sigan predominando los intercambios con los otros países comunistas, lo cual no significa que las relaciones económicas búlgaras con Occidente no estén en constante expansión. Por otra parte, el ministro búlgaro del Exterior, Bascev, ha afirmado que el principal objetivo de la política internacional búlgara es el de «asegurar las condiciones más favorables para la edificación del socialismo en nuestro país». Dichas condiciones se definen como paz, seguridad y una plena colaboración internacional que comprende, naturalmente, aquella entre países de diversos sistemas sociales. Por otra parte, Bulgaria no está alejada de la dirección adoptada por Rumanía reclamando el derecho de buscar sus propios intereses nacionales, lo cual explica lo estrecho y fácil de las actuales relaciones entre Bucarest y Sofía.

En la política exterior de Sofía constituye un éxito la inminente y definitiva solución de las antiguas polémicas entre Bulgaria y Turquía, cuando en marzo Givkov sea el primer presidente búlgaro que visite Ankara al servicio de una política general balcánica de buena vecindad. El tema balcánico ha figurado también entre los temas que Bascev ha discutido con el ministro italiano Fanfani durante su visita a Roma. En el comunicado fi-

nal de los coloquios romanos ha resaltado la afirmación de que los objetivos comunes de la seguridad y la colaboración en Europa no «podrán ser aseguradas sin un continuo desarrollo de las relaciones bilaterales entre las partes interesadas». Entretanto, Italia ocupa hoy el segundo lugar entre los cooperadores comerciales de Bulgaria en Europa Occidental; además de lo cual el programa de cooperación cultural y técnico que está en vigor hasta 1969 tiende a completar un balance lisonjero.

A. M. R.: *Il Baath nello ideologia e nella pratica* (El Baaz en la ideología y en la práctica), págs. 205-206.

En todos los Estados árabes de forma republicana existe una proclamación general de socialismo; aunque se manifieste de manera distinta en los diversos países. En algunos, como Túnez, se trata sólo de una afirmación nominal. En cambio, en Siria la aplicación del socialismo es el objetivo principal del partido que gobierna; y entre las que pudieran definirse como vías árabes hacia el socialismo las del Baaz sirio ocupan una posición primaria. Además de ser el único partido árabe supranacional, es el primer movimiento ideológico que haya alcanzado el Poder en estos países. Aunque tiene una ideología muy compuesta y mudable, se basa sobre un núcleo propio de principios bastante orgánicos.

El Baaz, o «partido del Renacer», fue fundado en Damasco el año 1943 por un pequeño grupo de jóvenes intelectuales, animados por el deseo de crear un movimiento que realizase la resurrección del mundo árabe contra las dominaciones extranjeras y los partidos tradicionales (considerados como marionetas), facilitando la reorganización de la sociedad árabe sobre base socialista. Sus *leaders* eran Miguel Aflaq, el ideólogo, y Salah Bitar, el táctico. Ambos habían realizado sus estudios universitarios en la Sorbona parisién. Para ellos el socialismo quedaba subordinado a la consecución de los ideales nacionalistas panárabes. Se

decía «la unidad tiene precedencia sobre el socialismo» y «nuestro socialismo es un medio de hacer resurgir nuestro nacionalismo y nuestro pueblo». Había una doble dirección de la lucha, explicada porque entonces las potencias colonizadoras extranjeras se apoyaban sobre elementos conservadores locales. Por otra parte, los intelectuales del Baaz criticaban las teorizaciones excesivas y sostenían la necesidad del pragmatismo, llegando a afirmar que el nacionalismo árabe no es producto del pensamiento, sino que da origen al pensamiento. La ideología del Baaz se proclamaba independiente no sólo de Occidente, sino también del marxismo, cuando éste proclama la lucha de clases y rechaza valores de tipo espiritualista.

Después de una evolución muy accidentada y cambiante, el socialismo sirio se ha corrido a unas posiciones de extrema izquierda; desde que en febrero de 1966 sus elementos más violentos se apoderaron del Poder con uno de sus últimos y múltiples golpes de Estado. Fue un golpe en el cual Aflaq y Bitar quedaron totalmente eliminados. El ala violenta sigue ahora en el Poder, en manos de unos dirigentes que no son ideológicos, sino «hombres fuertes» que sólo se sostienen en el Poder por la fuerza. Basta recordar que durante la guerra contra Israel de junio de 1967, el ejército sirio no se concentró en la frontera sirio-israelí, sino en las grandes ciudades sirias, para prevenir eventuales revueltas. En cuanto al apoyo que los actuales gobernantes de Damasco buscan cada vez más en la Unión Soviética, su principal factor sigue siendo el de aliviarse sobre un factor exterior que apoye en lo interno una política gubernamental que ha sido resultado de una lucha de facciones y de alianzas personales.

R. G. B.

## INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Núm. 11, noviembre 1967

Y. TSEDENBAL: *Under the Banner of the October Revolution* (Bajo la bandera de la Revolución de Octubre), páginas 25-33.

El sistema del mundo socialista de catorce países en Europa, Asia y la América Latina, con sus tremendas realizaciones políticas y socioeconómicas, es el resultado principal del desarrollo humano a lo largo del medio siglo que ha pasado desde el triunfo del Gran Octubre.

Para el pueblo de Mongolia, 1921 ha sido un punto histórico decisivo. Fue el año de la revolución victoriosa y la influencia directa de la Revolución de octubre y con el apoyo internacionalista del proletariado ruso Mongolia se convirtió en un país libre e independiente.

Mao Tse-tung y su grupo, que han rechazado completamente los principios del marxismoleninismo y el internacionalismo proletario, se han hundido en la charca del nacionalismo, el chauvinismo de gran potencia y la hegemonía y se han embarcado en el curso de la lucha política abierta contra la totalidad del comunismo internacional y revolucionario y el movimiento de liberación nacional, llevando el camino del aislamiento de los aliados de clase y el acercamiento a los enemigos de clase, por el camino del aventurerismo en política nacional y extranjera.

Las acciones de Mao Tse-tung y su camarilla hacen un daño enorme al prestigio y fuerza atractiva del socialismo, perjudicando así los intereses y aspiraciones del pueblo chino, amenazando sus logros revolucionarios y ayudando objetivamente a las fuerzas del imperialismo y la reacción mundial. Los acontecimientos de China, en particular la llamada revolución cultural, nada tienen en común con la

cultura o la revolución y han puesto al descubierto la venenosa influencia y el peligro del nacionalismo pequeño-burgués que está siendo alimentado por todos los medios con objeto de imbuir a la clase trabajadora china sentimientos chauvinistas de enemistad abierta y odio a otros pueblos, a países socialistas y a los partidos marxistaleninistas.

La experiencia revela que las ambiciones nacionalistas pueden llevar a la defección de la dirección y el partido de un país de las posiciones de clase tanto en política interna como externa.

ILIE VERDET: *Impact of the October Revolution and the Socialist World on Human Progress* (Impacto de la Revolución de Octubre y el mundo socialista en el progreso humano), páginas 45-52.

La significación internacional de la Gran Revolución Socialista de Octubre está en el hecho de que, al establecer el poder soviético en la sexta parte del mundo, rompió el frente mundial del imperialismo, lo debilitó considerablemente y preparó la era de la revolución proletaria, la liberación social y nacional y la transición del capitalismo al socialismo.

Al agravar las contradicciones internas y los antagonismos crecientes entre el proletariado y la burguesía, las nuevas de la victoriosa Revolución de Octubre y la fundación del Estado socialista soviético fueron acogidas con gran entusiasmo por el pueblo trabajador rumano.

La derrota del fascismo alemán, el más agrio de los enemigos de la libertad del pueblo y la civilización humana, fue de importancia vital para el progreso de la sociedad contemporánea. En esos años en que el futuro de la Humanidad estaba en juego, el sistema socialista soviético hizo frente a pruebas muy duras y demostró estabilidad y una vitalidad invencible. La Unión Soviética, la fuerza principal de la coalición anti Hitler, llevó el peso de la guerra, hizo una aportación de-

cisiva a la victoria sobre el fascismo y, con su lucha heroica, ganó la admiración de todos los pueblos.

En los cincuenta años que han pasado desde la victoria de la revolución proletaria en Rusia la situación política en el mundo se ha alterado y se han producido cambios estructurales en la alineación de las fuerzas políticas en favor del socialismo y la paz.

Algunos éxitos transitorios alcanzados recientemente por las fuerzas imperialistas no quiere decir, por supuesto, que el imperialismo se ha hecho más fuerte. Sus actos agresivos son testimonio más bien de su debilidad que de su poder. Sin embargo, no se debiera subestimar el potencial material y militar del imperialismo, cuyo uso es una amenaza para la paz.

Vol. 12, diciembre 1967

A. SHULGOVSKY: *Latin American Echoes of the October Revolution* (Ecos latinoamericanos de la Revolución de Octubre), págs. 27-32.

Las ideas de la Revolución de Octubre afectaron profundamente la perspectiva mundial de los intelectuales progresistas latinoamericanos. José Ingenieros, un dirigente público argentino sobresaliente, se convirtió en su ferviente campeón.

El prominente escritor brasileño Lima Barreto habló con gran simpatía de la Revolución de Octubre.

Los progresistas latinoamericanos se sintieron atraídos no sólo por la grandeza y nobleza de las ideas de la Revolución de Octubre, sino por su papel constructivo y su éxito inicial. José Vasconcelos, un pensador mejicano sobresaliente y ministro de Educación en la primera parte de la década de 1920, habló repetidamente de la gran influencia que los dirigentes culturales soviéticos han tenido en sus puntos de vista.

La campaña anticomunista ha servido de pantalla para los imperialistas y los reaccionarios locales en la lucha contra el movimiento de liberación. El

elemento gobernante de los Estados Unidos impuso a los países de la América Latina el Tratado de Ayuda Recíproca (firmado en Río de Janeiro el 2 de septiembre de 1947). El senador norteamericano Arthur Vandenberg, uno de los autores de este trabajo, lo justificó con el argumento de que el hemisferio occidental estaba supuestamente amenazado por «la agresión comunista».

Rafael Agustín Gumucio, un dirigente demócrata cristiano de Chile, declaró, al hablar en el Senado de su país, en ocasión del 49 aniversario de la Revolución de Octubre, que la Unión Soviética había hecho mucho por colocar la economía al servicio del hombre y crear una sociedad colectiva armoniosa. En política exterior, los esfuerzos incansables de la Unión Soviética para acabar con la tensión internacional y la guerra fría son merecedores de toda clase de atenciones.

Acontecimientos importantes en las filas de la democracia cristiana reflejan el proceso más ancho que está en marcha entre los católicos en general. Es creciente el número de los católicos que exigen cambios sociales profundos y condenan al inhumano sistema capitalista. A veces, hombres heroicos surgen en su medio para dedicarse a los intereses del pueblo. Uno de estos ha sido Camilo Torres, un sacerdote colombiano que participó en el movimiento guerrillero y pereció a principios de 1966.

VICTOR PERLO: *American Oil Companies and the Middle East* (Las compañías petrolíferas norteamericanas y el Oriente Medio), págs. 39-44.

De los 15.900.000 barriles diarios producidos por las grandes compañías de petróleo de los Estados Unidos en 1966, según datos del Chase Manhattan Bank, dominado por la familia Rockefeller, sólo 5.600.000 han salido de los Estados Unidos. El resto procedía de otras tierras, incluidos los 6.600.000 barriles diarios sacados del Oriente Medio y África.

Las ganancias de las compañías

norteamericanas con el petróleo del Oriente Medio en 1965 han sido muy altas; un increíble 76 por 100 del valor de las inversiones. En el «Wall Street Journal» se decía (el 16 de marzo de 1966), sobre la «Arabian-American OilCo.» (Aranco), de propiedad norteamericana: «Sus reservas de petróleo crudo son más de dos veces superiores a las de los Estados Unidos. Sus libros, cuidadosamente guardados, revelarían probablemente de ser hechos públicos, que ha alcanzado el nivel más alto de ganancias que cualquier otra corporación con más de los 1.000 millones de dólares de activo.»

La mayor parte del petróleo del Oriente Medio está controlado por las «Siete Hermanas» del cartel internacional angloamericano.

Las compañías petrolíferas neocolonialistas refinan sólo un mínimo de la producción en el Oriente Medio. Preferían sacarlo del alcance de los pueblos productores antes que nada. Es característico que la Standard Oil (de Nueva Jersey) está construyendo una gigantesca refinería para refinar el petróleo del Oriente Medio en la Grecia fascista.

Las compañías venden el petróleo refinado a un promedio de 8 a 9 dólares el barril. Los derechos e impuestos pagados a los gobiernos de los países productores suben a un promedio de 85 centavos el barril. Los gastos de operación varían entre 6 centavos por barril en Kuwait y 14 centavos en el Irán. Así, de cada dólar en el valor de los productos del petróleo sólo 10 centavos van a parar a los gobiernos de los países productores y sólo un centavo a los trabajadores que extraen el petróleo.

El conflicto árabeisraelí ha sido de lo más valioso para los imperialistas. Inicialmente, los imperialistas incitaron a los árabes, entonces bajo una dirección reaccionaria, y a los sionistas de Palestina, para que luchasen unos contra otros. El objetivo esencial de las guerras de 1956 y 1967 ha sido invertir la tendencia revolucionaria y conservar el área para las compañías petrolíferas.

Núm. 1, enero 1968

R. PALME DUTT: *Britain's Crisis of Neocolonialism* (La crisis británica del neocolonialismo), págs. 16-21.

Toda la política del imperialismo británico durante los últimos veinte años, con gobiernos conservadores o laboristas, se ha dirigido hacia el objetivo de la acumulación de posesiones en el exterior y de los ingresos que por este concepto se han obtenido, así como de las operaciones de la City y el papel de la libra, cualquiera que fuese el costo de todo esto para la economía nacional británica.

En 1939, las inversiones de capital inglesas en el exterior tenían un valor neto de 4.000 millones de libras. Durante la segunda guerra mundial se perdieron 1.000 millones de este total a tiempo que surgieron deudas capitales de 3.000 millones de libras en forma de balances. Cada año a partir de 1945 se dedicó a la reconstrucción del capital exterior, cualesquiera que fuesen las dificultades económicas o el déficit de la balanza de pagos. Hacia fines de la década de 1950 las inversiones privadas a largo plazo en el exterior iban subiendo a razón de 300 millones de libras anuales y esta tendencia prosiguió en los años 60. Hasta en 1964, el año del mayor déficit en la balanza de pagos británica, la inversión privada a largo plazo en Ultramar subió a 406 millones de libras.

Para 1964, los informes del Banco de Inglaterra hacían subir el valor del activo de las inversiones británicas en Ultramar a 15.540 millones de libras; cálculos no oficiales más recientes hablan de 17.000 millones como el valor total de este activo en fechas posteriores. Es algo sorprendente si se compara con los 3.000 millones de finales de la guerra. Pero la reducción en el valor del dinero a causa de una continuada política inflacionaria deja reducido el valor real de esta suma a poco más de la mitad. Es más, el Banco de Inglaterra daba cuenta de deudas por el exterior en 1964 de 13.390 libras, con lo que quedarían unas

inversiones de capital netas de sólo 2.150 millones de libras.

Así, a la luz de estas consideraciones, el resultado final es menos brillante y acusa un debilitamiento real de la posición británica en relación con 1939. Lo extraordinario es la asiduidad con que cada Gobierno de la posguerra británica, laborista o conservador, ha dirigido su principal política económica a la reconstrucción del activo británico en Ultramar, incluso en años de déficit comercial en la nación.

V. MIKHAILOV: *The Escalation of Neo-Fascism* (La escalada del neofascismo), págs. 43-47.

El neonazismo ha llegado a formar parte íntima de la vida política de la República Federal de Alemania. Cuenta con representantes en 576 poblaciones y distritos rurales y 48 diputados en seis (60 en siete) de los diez Estados. El Congreso celebrado por el N. P. D. (Partido Nacional Demócrata) en Hannover—el tercero—acusa el final de la fase organizacional del partido. Ahora aspira a dejar sentir su presencia en Bonn y ni un solo político allí duda que estará representado en el Bundestag federal después de las elecciones de 1969. El único punto a discutir es la importancia que llegará a tener el grupo parlamentario neonazi. En definitiva, a medida que el peligro aumenta, la resistencia se debilita.

¿Qué hizo que los neonazis decidiesen, hace tres años, entrar en el ruedo político, por estimar que había llegado el momento oportuno? El país pasaba entonces por una grave crisis política. La falacia del concepto básico de la burguesía alemana Occidental y su Unión Democrática Cristiana se había puesto más y más en evidencia. En 1949 habían sacrificado la unidad de Alemania con la esperanza de restaurar su poder en la parte occidental del país y después echar atrás al comunismo en el Este. Haciendo traición a los intereses nacionales, no dejaron de persuadir al pueblo que su objetivo principal era la «reunifica-

ción». Incluso la introdujeron en la primera cláusula de la Constitución y no ha habido un solo político de Bonn que no sostuviese que esta es su sagrada tarea y advirtiese que el pueblo debería estar listo...

«Al afirmar que la división de Alemania» es el resultado de la política de Adenauer, Adolf von Thadden, jefe del N. P. D., declaró en Hannover que el callejón sin salida en que se encuentra la política exterior de la Alemania Occidental «no es la consecuencia de error o defecto alguno. Es el resultado de defectos en el concepto político básico de los últimos quince años». Los alemanes occidentales tienen la sospecha, es más, de que la política de la posguerra no ha sido ningún buen augurio y por eso, al escuchar a los demócratas nacionales, que confirman sus sospechas, empiezan a prestarles atención.

La actitud del N. P. D. coincide con el ala militar de los industriales de la Alemania Occidental, el grupo derechista de Strauss y los generales de la Bundeswehr. Como los gobernantes actuales de la Alemania Occidental, el N. P. D. achacan el fracaso de la «política de Adenauer» al hecho de que la Alemania Federal es más débil que los Estados Unidos. De haber «unidad europea», dicen, y si el potencial militar e industrial de la Europa occidental pudiese fusionarse y ser colocado bajo el control de Bonn, sería mayor la posibilidad de arrastrar a los Estados Unidos a colaborar para la revisión de las fronteras continentales.

J. M.

## INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Número 2, febrero 1968

V. KHVOSTOV: *The U. R. S. S. and European Security* (La U. R. S. S. y la seguridad europea), págs. 3-7.

No hace falta recalcar la importancia de la seguridad europea. Ni decir que resulta evidente que por

ahora no se puede considerar como garantizada.

La República Federal de Alemania es el único Estado que no sólo se niega oficialmente a reconocer las fronteras de la Europa de la posguerra, sino que busca su revisión. Su entrada en la O. T. A. N. sólo podría servir para aumentar considerablemente la inquietud de los países socialistas por su seguridad y su integridad territorial. Y así estimaron necesario adoptar contramedidas para el fortalecimiento de sus defensas y para garantizar su seguridad.

La emergencia de bloques militares supone inevitablemente la presencia de una carrera de armamentos. El aumento o mejora de las fuerzas armadas por el lado de un grupo o de alguno de los países que lo forman encuentra la contramedida de acciones similares por parte del otro grupo militar y de sus miembros, que no quieren quedarse atrás en el desarrollo de sus fuerzas armadas y que aspiran, es más, a dejar atrás a sus enemigos en potencia.

La agravación de la situación internacional como resultado de la guerra del Vietnam y el reciente conflicto del Oriente Medio ha influido naturalmente en la situación en Europa, que está más complicada todavía por la intensificación de las tendencias neonazis en la Alemania federal. Todo esto pide esfuerzos redoblados para la consolidación de la paz en Europa.

No puede haber conversaciones sobre la seguridad en Europa mientras se discuta alguna de sus fronteras actuales, incluida la frontera de Polonia a lo largo del Oder-Neisse y la frontera entre los Estados de Alemania. La Declaración de Bucarest hizo hincapié en la necesidad de continuar la busca de un arreglo pacífico de la cuestión alemana. Esto es posible sólo sobre la base del reconocimiento de lo que existe en realidad; es decir, el reconocimiento de las fronteras actuales y de dos Estados alemanes iguales.

La seguridad de Europa no se puede considerar como garantizada mientras el Gobierno de la Alemania Occidental se niegue a reconocer el otro Estado

alemán y sus fronteras. La Unión Soviética y muchos países socialistas se han comprometido para la defensa de las fronteras de la Alemania Oriental. Cualquier intento de violación está cargado naturalmente con el peligro de muy graves consecuencias.

Hay una flagrante contradicción entre las afirmaciones pacíficas de Bonn y su creciente actividad política de intervención continuada en los asuntos del Berlín occidental, que es una entidad política independiente.

N KAPCHENKO: *The «Cultural Revolution» and the Mao Group's Foreign Policy* (La «Revolución Cultural» y la política exterior del grupo de Mao), págs. 14-22.

Todo lo que ha sucedido en China bajo la bandera de la «Revolución Cultural» confirma ampliamente la legitimidad de la ansiedad y honda preocupación expresadas repetidamente por los partidos comunistas.

La actual política exterior de los dirigentes de Pekín es el desarrollo lógico de la orientación política que el grupo de Mao empezó a imponer al partido y al país a finales de los años cincuenta, que cristalizó al fin en el curso seguido por la «Revolución Cultural».

En China está en pleno desarrollo la total militarización de la vida social y política. La dirección del Ejército se va haciendo cargo de todo el aparato administrativo del país: un sistema de comités de control militares está siendo introducido en todas partes (tal como el que existía en el período inicial, después del establecimiento del poder popular, cuando la función básica del Estado era aplastar la resistencia de las clases derrocadas, los restos de las bandas de Chang Kai-shek, y así sucesivamente); representantes del Ejército son enviados a las fábricas, oficinas, instituciones educativas y de otras clases, donde establecen un orden militar. El gran peligro de un desarrollo así está en evidencia cuando se recuerda que durante muchos años el grupo de Mao

trató activamente de aislar al Ejército de la clase trabajadora y convertirlo de un instrumento para la defensa de la dictadura de la clase trabajadora en el instrumento dúctil del poder personal.

Varias organizaciones de la «guardia roja» y «rebeldes» están siendo utilizadas también contra los más firmes puntales del sistema social y estatal del país. El criterio decisivo para pertenecer a estas organizaciones es la devoción ciega y fanática a Mao Tse-tung personalmente.

El grupo ahora en el poder en China ha roto con los principios fundamentales de la política exterior socialista. Esto está claramente de manifiesto en tres grandes esferas de los asuntos internacionales: en las relaciones con la Unión Soviética y otros países socialistas; en la actitud hacia el movimiento de liberación nacional y las relaciones con los países en vías de desarrollo, y en la lucha contra la política imperialista de la agresión y la guerra.

El grupo de Mao ha reemplazado la línea del Partido Comunista de China, diseñada para fortalecer la amistad y cooperación con la Unión Soviética y otros países socialistas, con una política de hostilidad hacia la U.R.S.S. y otros países socialistas.

Los intereses vitales del pueblo chino y los intereses de la consolidación del sistema socialista en China dictaban la necesidad de fortalecer y desarrollar la amistad y cooperación con la fraternal Unión Soviética.

A. SLOBODENKO: *N.A.T.O. «Reorganises»* (La O. T. A. N. se «reorganiza»), págs. 36-41.

El período reciente en la vida de la O. T. A. N. se ha caracterizado por una impaciencia creciente de los Estados Unidos y la República Federal de Alemania por utilizarla, tanto para la extensión de la agresión en el Vietnam como las reclamaciones revanchistas en Europa. La fuerza militar y la influencia de la «Bundeswehr» en el bloque han crecido de manera notable

y la alianza militar y política de estos dos Estados se ha consolidado.

La O. T. A. N. se encuentra reorganizando el sistema de las agencias militares y políticas y la infraestructura, y también su estrategia militar. En la reunión de Bruselas, en diciembre de 1966, la Comisión Militar de Planes aceptó la doctrina de la «respuesta flexible» como la estrategia militar oficial del bloque, en lugar del concepto de la «represalia nuclear masiva», que había sido la doctrina oficial durante diez años.

¿Qué clase de guerra y métodos de hacerla presupone la estrategia de la «respuesta flexible»? De acuerdo con esta estrategia, las fuerzas armadas de la O. T. A. N. han de estar listas para la guerra de cualquier clase: convencional, nuclear limitada o nuclear general, pues todo ha de depender de la situación. Se sostiene que bajo la relación actual de fuerzas, lo más probable es que una guerra en Europa empezaría con armas convencionales. Al proseguir con semejante suposición, los teóricos occidentales sostienen que la estrategia de la «respuesta flexible» asegura una cierta pausa entre el comienzo de las hostilidades y el uso de las armas nucleares. Ambas partes podrían utilizar esta pausa para explorar una solución mutuamente aceptable.

Dicho de otro modo, la estrategia de la «respuesta flexible» supone que la O. T. A. N. ha de poseer un sistema diferenciado de armamentos, empezando con una pistola y terminando en la bomba «H», y que ha de ser capaz de hacer la guerra en todos los niveles imaginables. Pero está perfectamente claro que los Estados Unidos, al conservar de hecho el papel del poseedor monopolista de las armas nucleares en la O. T. A. N., buscan utilizar esta estrategia para acelerar la carrera de las armas convencionales por parte de sus asociados de la Europa occidental en la escala correspondiente a sus mayores posibilidades económicas. Esto es lo que se desprende del plan para la acumulación de armas en el bloque para el período 1968-72, adoptado en la última sesión

de sus principales agencias, en Bruselas.

En cuanto a los métodos de hacer la guerra en Europa, y sobre todo en el Mando Centroeuropeo, aquí la estrategia de la «defensa adelantada» continúa en vigor. Fue elaborada por la iniciativa de Bonn y aceptada, bajo su presión, en septiembre de 1963. De acuerdo con ella, las fuerzas principales de tierra de la O. T. A. N. en Europa han de ser desplegadas en una línea avanzada a no más de 30 a 70 kilómetros de la frontera oriental de la República Federal. Como esta línea ha de tener una profundidad de 50 kilómetros, la profundidad total de la zona en la que se ha de desarrollar la batalla principal será de 80 a 120 kilómetros.

D VOLSKY: *U. S. Military Expansion in South-East Asia* (La expansión militar de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático), págs. 47-51.

Los Estados Unidos acompañan la intervención armada en el continente asiático de una presión diplomática creciente sobre sus aliados y satélites para implicarlos más profundamente en la guerra del Vietnam. Los países afectados por la agresión tomaron medidas para aumentar sus contingentes militares en el Vietnam, una vez que el general Maxwell Taylor, anterior embajador en Saigón, y Clark Clifford, consejero especial del presidente, visitaron la Corea del Sur, Tailandia, Australia, Nueva Zelanda y las Filipinas. Tailandia, por ejemplo, anunció en diciembre de 1967 que enviaba doce mil soldados al Vietnam del Sur.

La formación de grupos políticos exclusivos de Estados bajo la dirección de los Estados Unidos sólo podrá intensificar la tensión en el Sudeste Asiático; se hará también en detrimento de los profundos intereses del desarrollo independiente de sus pueblos. Pero ni estos grupos artificiales, los regimientos enviados por satélites obedientes, el medio millón de soldados enviados por los Estados Unidos a las selvas del Sudeste Asiático, o el

ejército y la marina marionetas de Saigón, ni los bombarderos pesados ayudarán a los agresores en la consecución de unos objetivos criminales.

La admisión de que la guerra del Vietnam y la política de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático, en su totalidad, carecen de perspectiva, se han convertido en el comentario de cada día en la prensa de los Estados Unidos.

Mientras apoya al Vietnam en guerra, la Unión Soviética desarrolla relaciones amistosas con los demás Estados del Sudeste Asiático. Ha denunciado, a menudo y vigorosamente, la intervención de los Estados Unidos en Laos y Camboya, que mantienen fuertes lazos de amistad con la Unión Soviética.

En 1967, la Unión Soviética estableció relaciones diplomáticas con Malasia.

Todo el mundo sabe, aunque algunos se muestran reacios a reconocerlo, que la política exterior de la Unión Soviética es de alianza militante con los pueblos que están empeñados todavía en la lucha armada contra los colonialistas.

Aunque queda mucho todavía por hacer antes de que la tensión internacional en esa ancha región del mundo pueda ser eliminada, la tarea principal de los países amantes de la paz es hacer que los imperialistas de los Estados Unidos terminen su vergonzoso y criminal juego en el Vietnam. Esa ha de ser la manera de desviar al Sudeste Asiático del fragor de la guerra para convertirlo en una zona de paz.

Número 3, marzo 1968

B. KOVAL; N. KONOVALOVA: *Anti-Imperialist Struggle in Latin America* (La lucha anti-imperialista en la América Latina), págs. 63-67.

La burguesía de la América Latina es reacia a entrar en conflicto con los monopolios y a menudo lo hace únicamente cuando se siente empujada por las masas. Esto es natural, puesto que

existen relaciones de clase entre la burguesía latinoamericana y los monopolios extranjeros. La competencia entre los dos, por intensa que haya llegado a ser, nunca se ha convertido, ni podrá convertirse, en un antagonismo de clase. En estas condiciones, el papel del proletariado en el desarrollo del movimiento anti-imperialista ha de ser siempre creciente.

En las condiciones existentes en la América Latina, el hecho de que la clase trabajadora a menudo entre en colisión directa con los monopolios extranjeros tiene considerable importancia. Cuanto más capital penetre en la economía latinoamericana, mayores serán las masas de la gente trabajadora que son explotadas en las empresas de la propiedad de monopolios extranjeros. Por eso su lucha por su propio interés económico va dirigida a menudo contra los monopolios extranjeros.

La lucha de la clase trabajadora por la paz y la no interferencia en los asuntos de otros países y su solidaridad militante con los pueblos que defienden la libertad y la independencia de su país, son aportaciones importantes al movimiento de liberación anti-imperialista de los pueblos de la América Latina. La huelga general en el Uruguay del 12 de abril de 1967, es protesta contra la participación del Uruguay en la conferencia cumbre de Punta del Este fue una aportación impresionante a esta lucha.

La actividad de los partidos comunistas está adquiriendo tremenda importancia en el desarrollo de la lucha anti-imperialista de los pueblos de la América Latina. Los partidos comunistas presentan programas que hacen frente a las necesidades vitales de grandes masas y buscan la consolidación de todas las fuerzas patrióticas y progresistas en el movimiento anti-imperialista. Un ancho frente popular parece ser la forma más efectiva de este movimiento.

El proletariado es una fuerza que lucha activa y consistentemente contra el imperialismo. En el curso de esta lucha los trabajadores combinan los intereses de clase y nacionales, rom-

pen con la ideología del nacionalismo reformista burgués, a pesar de todas las dificultades y obstáculos.

Este proceso se desarrolla en varias direcciones, como la lucha de la clase obrera contra la dominación de los monopolios extranjeros y la explotación del pueblo trabajador latinoamericano; la lucha por la nacionalización de las grandes empresas, el fortalecimiento del sector estatal y la limitación de las exportaciones de capital; la lucha para acabar con la guerra del Vietnam y el cese de las provocaciones contra la Cuba revolucionaria, para la conservación de la paz y el alcance de la no proliferación de las armas nucleares.

E. NOVOSELETSEV; N. KHOMUTOV: *Soviet Relations with Leading Capitalist Countries* (Las relaciones soviéticas con los principales países capitalistas), págs. 69-74.

En sus relaciones con los países capitalistas, la U. R. S. S. está animada por los principios de la coexistencia pacífica. En el XXIII Congreso, el Partido Comunista de la Unión Soviética recaló en su resolución la necesidad de «sostener consistentemente el principio de la coexistencia pacífica de Estados con diferentes sistemas sociales, de repeler firmemente las fuerzas agresivas del imperialismo y liberar a la Humanidad de la amenaza de una nueva guerra mundial».

La cuestión de la coexistencia pacífica no ha de ser considerada en la actitud de aislamiento de otros principios básicos de la política exterior soviética, principalmente el principio del internacionalismo proletario. La política exterior de la Unión Soviética combina orgánicamente la lucha por la coexistencia pacífica con la lucha contra el imperialismo. De aquí que carezca de fundamento la afirmación de que la coexistencia pacífica debilita la lucha contra el imperialismo.

Por ser una forma de la lucha de clases entre el socialismo y el capitalismo en el ruedo internacional, la coexistencia pacífica constituye una uni-

dad dialéctica del espíritu revolucionario y el sobrio realismo de cooperación y de lucha. Presupone el arreglo de las cuestiones internacionales por la negociación, no la guerra, sobre la base de la no interferencia en los asuntos internos de otros Estados, respeto para su soberanía, integridad territorial e inviolabilidad, cooperación y competencia económica.

Sin embargo, la coexistencia pacífica no se puede extender a la esfera de la lucha ideológica entre el socialismo y el capitalismo, a los procesos de la lucha de clases y de liberación nacional.

La Unión Soviética y países socialistas frateros se esfuerzan por construir sus relaciones con los países capitalistas sobre los principios de la coexistencia pacífica. Pero no se puede pasar por alto el hecho de que en la situación actual del mundo no esté asegurado que todos los asuntos internacionales sean arreglados en el espíritu de la coexistencia pacífica. Los círculos imperialistas agresivos, ante todo los Estados Unidos, tienen fuerzas considerables a su disposición y al recurrir a la táctica de los llamados conflictos locales se esfuerzan por pasar a la ofensiva con miras a cambiar la relación de fuerzas en su favor.

El debilitamiento general de las posiciones mundiales del imperialismo de los Estados Unidos y sus fracasos en política exterior y nacional le han hecho más agresivo todavía.

J. M.

## POLITICA

Belgrado

Número 427, 20 enero 1968

ANDRO GABELIC: *La esencia y el sentido de las soluciones de Bruselas*, páginas 14-17.

En la sesión del Consejo de Ministros de la O. T. A. N., celebrado a mediados de diciembre en Bruselas, se

tomó una serie de decisiones militares. Entre las más importantes está la decisión referente al «estudio» del problema mediterráneo.

Los materiales utilizados en esta ocasión en Bruselas son testimonio de que en cuanto a la fortificación del ala sur del Pacto Atlántico no se adoptó decisión definitiva alguna. No obstante, el problema mediterráneo dominó las meditaciones estratégicas de Bruselas.

En primer lugar se estableció la necesidad indispensable de una «acción para aumentar la seguridad del Mediterráneo—que constituye parte del área de la O. T. A. N.—, donde los rusos amenazan con envolver el ala aliada»; en segundo lugar se decidió «proceder a un estudio especial de la situación militar» en el Mediterráneo, es decir, se resolvió proceder a estudios y análisis sobre las medidas estratégicomilitares que es preciso tomar en esa parte del mundo.

Eso quiere decir que el proceso de desplazamiento del centro de gravedad estratégico de la O. T. A. N., ya iniciado anteriormente, o, mejor dicho, el proceso de desplazamiento de las preocupaciones estratégicas europeas de los Estados Unidos de Norteamérica, desde la Europa occidental a la Europa meridional, proseguirá en los días por venir. Sólo es posible hacer, por ahora, conjeturas sobre los rumbos que ese proceso tomará en el futuro. En la declaración que se dio en las vísperas de la reunión de Bruselas, el secretario de la O. T. A. N., Manlio Brosio, dijo que «existen algunas posibilidades de acción» y que el examen de esas posibilidades está para comenzar dentro de la O. T. A. N.

Evidentemente, las implicaciones que tales alusiones entrañan y los peligros que llevan implícitos no sólo justifican las vinculaciones y consultas recíprocas y otras acciones parecidas de los movimientos progresistas del área mediterránea, sino que imponen ineludiblemente la necesidad de prestar un interés más serio y también una mayor inquietud por parte de la opinión pública internacional más amplia, respecto a los peligrosos giros de la si-

tuación mediterránea, cuya fuente es el Pacto del Atlántico Norte, o sea, aquellos factores extraeuropeos y extramediterráneos que están enderezando cada vez más su punta estratégica hacia los países mediterráneos.

J. M.

## POLITICA INTERNACIONAL

Belgrado

Año 19, núm. 431, 20 marzo 1968

LJ. RADOVANOVIC: *Un cuadro de la política exterior de Turquía*, págs. 2-5.

El desarrollo de la situación internacional en el área mediterránea, y particularmente en su parte oriental, es un indicativo del aumento de la importancia que está adquiriendo Turquía en el despliegue de las fuerzas internacionales.

Al vencer, en 1945, el tratado de amistad turco-soviético firmado en 1925, Stalin quiso aprovechar la oportunidad y la posición internacional de Turquía para recuperar los territorios fronterizos cedidos a Turquía después de la capitulación de Brest-Litovsk, en el período de las intervenciones aliadas y las dificultades internas, y para obtener el asentimiento del Gobierno turco en cuanto a revisar el estatuto jurídico de los estrechos del Mar Negro. Turquía rechazó estas demandas y movilizó sus tropas, al mismo tiempo que no renovó el convenio de amistad turco-soviético.

En aquel momento se inició la orientación antisoviética de la política exterior turca, que culminó, durante el Gobierno de Menderes, cuando Turquía se adhirió al Pacto del Atlántico Norte.

Es probable que en la Unión Soviética se reconociese el error cometido, pues dos meses después de la muerte de Stalin el Gobierno soviético retiró sus demandas de 1945; pero ese paso

no podía borrar las consecuencias políticas del anterior.

En cuanto al Cercano Oriente, Turquía no tuvo durante largo tiempo concepciones propias de política exterior y, en general, no mostró gran interés en el fomento de sus relaciones con los países árabes. Y si en Turquía las relaciones con los países árabes no eran populares, tampoco la política turca en esos países gozaba de mejor reputación. En 1954, Turquía se adhirió al Pacto de Bagdad, que en el mundo árabe había sido acogido con protestas, como instrumento de la política imperialista occidental.

El golpe de Estado de 1960 hizo posible grandes cambios en Turquía. Y la nueva orientación de la política exterior turca, si así podemos calificarla, fue continuada por el Gobierno de Demirel, salido de la victoria del Partido de la Justicia en las elecciones de 1965.

Turquía se halla ahora en condiciones favorables y con una línea más correcta y menos exclusivista de política exterior. Se ha liberado de la presión que llegaba del norte y de la subordinación con relación al Occidente. Sin abandonar las alianzas, que aún definen la orientación general de su política exterior, se vuelve hacia las realidades más cercanas, que la rodean directamente, en el camino de la consolidación de una política exterior más independiente.

MIHAILO V. STEPOVIC: *Fenómeno de los nuevos Estados industriales*, páginas 27-29.

En la fase actual de la revolución tecnológica y científica se ha producido una intensificación de la lucha de los países capitalistas más adelantados por la conquista de posiciones en la economía mundial y en las relaciones económicas internacionales. En ella se producen cambios en el ritmo de crecimiento económico y se originan alteraciones en el poderío económico y en el puesto respectivo en la economía mundial.

El decenio de 1951-60 fue característico por el permanente y considerable retraso del ritmo de crecimiento económico de los Estados Unidos y la Gran Bretaña. La participación de los Estados Unidos en la producción industrial de los países capitalistas descendió del 54,6 por 100 en 1950 al 45,8 por 100 en 1960, mientras que los porcentajes correspondientes para la Gran Bretaña han sido del 11,6 y el 9,3 por 100. En cambio, la participación de los países de la Comunidad Económica Europea pasó durante ese mismo período del 15,6 al 20 por 100.

En los comienzos del decenio en curso se produjo una sensible reanimación en la coyuntura económica de los Estados Unidos. La producción industrial, que fue en 1961 del 44,7 por 100 de la total en los países capitalistas, había subido en 1966 al 45, por 100. En cambio, en los países de la C. E. E., el fenómeno fue todo lo contrario, pues este porcentaje cayó del 20,6 en 1961 al 19,3 por 100 en 1966. Durante estos años se produjo un aumento significativo en el Japón, cuyo porcentaje de la producción industrial del mundo capitalista pasó del 1,6 por 100 en 1950 al 4,4 en 1960 y al 6 por 100 en 1966. Italia fue el único país de la Europa occidental que vio aumentada su participación en la producción industrial citada en el período de 1961-66.

A pesar de un descenso, en líneas generales, en la participación de la Europa occidental en la producción industrial del mundo capitalista en los años de 1961 a 1966, su participación en la exportación total fue en aumento, así como el total de sus reservas en oro y dólares. La participación en las exportaciones pasó del 46,4 por 100 en 1961 al 47,6 por 100 en 1966. El aumento más importante correspondía a Italia, del 3,5 al 4,5 por 100, y a continuación vino la Alemania occidental, que pasó del 10,9 al 11,3 por 100. La participación de los Estados Unidos, medida en porcentajes, en el comercio exterior de los países capitalistas bajó durante estos mismos años del 17,8 al 16,8 por 100.

El mayor salto adelante durante estos años fue dado por el Japón, cuya participación en las exportaciones del mundo capitalista pasó del 3,6 por 100 en 1961 al 5,5 por 100 en 1966.

Una de las características esenciales del desarrollo económico de las principales potencias en la etapa actual es la profundización del abismo científico-tecnológico entre los Estados Unidos y los países de la Europa oc-

cidental. Las considerables inversiones de las investigaciones científico-tecnológicas que hacen los Estados Unidos (aproximadamente el 3,5 por 100 de la renta nacional) y a través de sus compañías en todo el mundo, han originado diferencias considerables en beneficio de los Estados Unidos.

J. M.